

V  
El chal  
(*Le briciole del destino*)

Mariangelina no se podía decir que fuera guapa, pero era joven, tenía el pelo muy negro y los ojos celestes que parecían dos flores, dos pervincas que se acaban de abrir. Toda su persona menuda y gordita tenía una expresión de frescor y de vivacidad que hacía pensar en los gorriones cuando se meten en los canalones y giran la cabecita por aquí y por allí, sin quedarse quietos ni un momento.

Quien pasaba por el callejón de la “Méndola”, a cualquier hora, sentía la voz de Mariangelina, la modista, que cantaba a pleno pulmón y canturreaba. Era un corazón alegre. Los días volaban porque cantaba y porque, si se callaba, los pensamientos que le pasaban por la cabeza no eran feos y no se quedaban, como un enjambre de mariposas claras en las primeras floraciones de la primavera.

Eso sí, otra, en su lugar, ¡habría estado llorando todo el día y toda la noche! Su padre había muerto. En casa tenía a una hermana tonta que, pobrecita, no molestaba, pero que se te encogía el corazón cuando la veías entretenerse con los retazos de tela, en un rincón, peor que una niña de tres años. La madre... la madre era suficiente con nombrarla: la Negra, que en el pueblo la conocían todos y sabían cuánto valía por la cadena que había arrastrado con el maestro Giuanni, desde que estaba vivo su pobre marido.

Pero Mariangelina no conocía esa fea historia porque realmente la Negra había tenido siempre un gran respeto por su hija y al maestro Giuanni, en su casa, no le había dejado poner un pie. Ya que sabían que era una joven honrada, no sólo le *burgisi*<sup>20</sup>, sino también

---

20 En Sicilia se llamaba *burgisi* a las mujeres de ricos campesinos.

muchas señoras mandaban a buscar a Mariangelina cuando querían hacerse un traje. Pero querían que viniera sola. La Negra, que no hacía falta que se lo dijeran, acompañaba a su hija hasta el portal y luego venía a buscarla, sin subir.

—Yo por las casas de los ricos me avergüenzo... —explicaba a su hija que le preguntaba por qué no se dejaba ver nunca.

¡Sólo le faltaba que por su culpa perdieran el pan después de haberle manchado el nombre, pobre criatura!

Por lo menos, así, sobre todo, tenía trabajo. Se había hecho con una buena clientela. No como las Ragusa —¡eso no se podía pretender! —, pero personas de confianza, como, por ejemplo, doña Mimi Síngani y la sobrina de la baronesa, las tenía también ella. Cuando iba a cortar un vestido, Mariangelina no podía cantar, se entiende. Pero hablaba. Parecía un moscardón. La señora clienta que estaba delante como un guardia civil vigilando —para que no se desperdiciara nada— de vez en cuando la tenía que reprender:

—Mariangelina... ¿Tienes intención de tenerme aquí hasta esta noche?

—Ya está... Ya está.. —decía la chica confundida.

Por un momento se sentía sólo el chirrío de las grandes tijeras. Luego levantaba la cabeza y decía muy seria:

—Pero, ¿usted que me diría si me pusiera un chal?

Llevaba casi dos años preguntando lo mismo. Hacía una especie de cálculo. De un lado ponía todos los “no”, las que le contestaban que no estaba bien ciertos lujos de joven; del otro, todos los “sí”, las que le decían que, ya que era modista, el chal se lo podía poner sin avergonzarse.

—¡¿No es verdad?! —decía contenta Mariangelina. —Ya el chal lo llevan todas... ¡Cuando le digo que se lo quiere poner la señora Bifara...!

Y miraba a la clienta a los ojos para ver si se lo decía a posta ese “sí” para luego burlarse de ella...

Todos los pensamientos de Mariangelina eran para el chal. Incluso se ponía roja de la emoción cuando hablaba de ello. Pero lo quería más para honrar a su arte que por ambición mezquina.

En cuanto se ponía a trabajar, bajo la ventanita que olía a menta y cedrón, ya no volvía a pensar en ello. Si tenía algo para coser, entonces lo tenía todo. Los ribetes dorados, la seda jaspeada, el terciopelo, el paño fino como el raso, eran su pasión; miraba las bonitas telas con ojos completamente abiertos, las acariciaba por el placer de sentir las bajo sus dedos. Cuando iba a cortar los vestidos miraba directamente a la mesa preparada. Si veía algo que le gustaba, perdía una hora de su tiempo alabándolo:

—Pero ¡qué bonita! Pero ¡qué fina! Le haré un traje, señora doña Mimì, para que se vuelva loco el que lo vea...

—¡Charlatana! — le respondían. —Ponte a cortar el traje.

Las telas de mala calidad le daban casi pena; pero, si le gustaba el color, entonces trabajaba igualmente de buena gana. Al probar un traje hilbanado era feliz si conseguía que estuviera contenta tanto ella como la cliente. A veces proponía algún cambio. Si no le hacían caso, no insistía, porque era prudente; pero si la complacían, se ponía roja hasta las orejas y luego encontraba la manera de meter en el discurso que incluso en una ciudad ella estaría a la altura, ¡con la fantasía que tenía!

Le gustaba su oficio. Mientras trabajaba se olvidaba casi del chal. Pero bastaba que se tuviera que poner o quitar una esclavina delante de una señora para acordarse. En seguida decía:

—Es inútil... Uno de estos días usted me verá con el chal. Y entonces ¿qué dirá usted?

No quería quedarse siempre por detrás de las Ragusa que no eran tan buenas como ella, pero que servían a lo mejor de las señoras del pueblo. Tenía un gran miedo de que, con el tiempo, también sus clientas, incluso las de consideración, tuvieran ganas de servirse de esas dos hermanas que quedaban tan bien, incluso tan viejas y feas como eran, sólo porque llevaban chal. Por eso, una buena mañana entregó una parte de sus ahorrillos al sobrino de doña Lisa que se iba a Palermo para que le comprara un chal.

—¡Qué lujos! —dijo el joven. —Al menos, con el chal, ¿empezará a salir con algún chico?

—Sí —respondió Mariangelina con alegría. —Empezaré con usted...¿Está contento?

El sobrino de doña Lisa decía eso porque Mariangelina reía y se burlaba de todos. Que si hubiera querido, paseaban tantos jóvenes por ese callejón, ¡con la excusa de pasear por el paseo de San Antonio! Con Ángel, el sobrino de doña Lisa, hacían el telégrafo, él desde la terraza de piedra, bajo la pérgola, ella desde la ventanita. Lo hacían para reírse. A otra la habrían considerado una coqueta. A Mariangelina la conocían; sabían que era un corazón alegre, una muchachota que conservaba la inocencia de una niña. Bastaba con mirarla a los ojos, esos ojos que reían y brillaban, del color del cielo cuando está sereno. ¡Nadie habría dicho que era la hija de la Negra!

Con el chal Mariangelina parecía casi guapa. Ángel le dijo que estaría bien hasta en Palermo, con esa cara que pedía que la besaran. Por primera vez, Mariangelina no supo qué replicar al halago. Un poco pálida, miraba estática al chal nuevo doblado sobre sus brazos.

Le pareció que habían pasado mil años hasta que la vieron sus clientas. Se pavoneó durante un poco de tiempo hasta que se acostumbró.

Pero las clientas, poco a poco, de una en una, empezaron a dejarla.

Mariangelina había empezado a perder la cabeza con sus ínfulas. Quisiera o no, era siempre la hija de la Negra; ¡no se lo podía olvidar! En cuanto a casarse con ella, con lo poco que tenía, no se habría casado nadie con ella. Y con toda esa ambición mezquina que anidaba la chica, esa, algo iba a liar. No. No. ¡Más bien quería terminar mal...!

Le habían quedado fieles doña Mimì, la mujer del secretario, y cuatro o cinco *burgisi*. Mariangelina estaba mortificada y sorprendida.

Ángel le dijo:

—Las Ragusas vienen a Palermo de vez en cuando. ¡Qué quiere! A la clientela hay que engatusarla...

En otra ocasión le dijo:

—¿Lo sabe que tiene que venir una modista de Palermo?

A Mariangelina se le metió en la cabeza que ella también tenía que ir a Palermo. Primero lo habló con su madre. Luego empezó a decírselo a las pocas señoras que le habían sido fieles, mirándolas a los ojos para ver qué pensaban, igual que cuando se quería poner el chal. Era en invierno. Para no ir demasiado tarde, establecieron salir el uno de febrero. Y durante dos meses no se habló de otra cosa en casa de Mariangelina.

Cuando también la maleta estuvo preparada, Ángel pensó que a dos mujeres solas, tan solas, en Palermo, las habría engañado el primer cochero de la estación. Para no llamar la atención él se fue el día antes.

¡Qué alboroto el de Mariangelina! ¡Qué fiesta! Se fue a despedirse de todas las clientas, también de las que la habían dejado hace tiempo. Las vecinas le pidieron que les hiciera recados, prometió regalitos a unas y a otras. No se hablaba de nada más en el callejón de la “Mèndola”, como si la Negra y su hija se fueran a ir a América.

En Palermo se quedaron una semana. Ángel las guiaba como si fuera de la familia, las acompañó por aquí y por allá para enseñarles lo más bonito.

A los amigos les decía que Mariangelina era su enamorada; pero no tenían ni siquiera el valor de bromear como se hacía en el pueblo porque sentía casi piedad al verla tan aturdida, tan taciturna, con esos ojos grandes que lo miraban llenos de confianza. La Negra correteaba detrás de los dos jóvenes, tanto que le dolían los pies. No se tenía en pie; por la mañana le parecía que faltaban mil años para que se hiciera de noche y poder irse a descansar a su cama.

Por el contrario, Mariangelina no se habría querido parar nunca. Parecía borracha con el aire de Palermo. No pensaba en el pueblo, no pensaba que había venido sólo para ver la “Moda” y que tenía que volver. Se le había incluso olvidado que había prometido tantas cosas a las vecinas. Del brazo de Ángel, que la llevaba por todas partes, le parecía vivir en un mundo de hadas. Ya no estaba la tontita, ni un trabajo que entregar, ni un mendrugo engullido de pie, o en una esquina de la mesa atiborrada de cosas y de retales... Caminaba y

caminaba sin otro fin que el de ver cosas nuevas; comía servida por un camarero con jubón; aturdida, cansada, feliz, volvía por la noche a una habitación que alguien había arreglado. ¡Como le gustaba vivir en la ciudad! Los edificios, las carrozas, los escaparates llenos de cosas tan bonitas y resplandecientes, las mujeres que caminaban rápidas con tacones altos y finos, dejando al pasar un gran perfume, todo se le confundía en la mente y el sueño se le animaba con las cosas que había visto por el día, tanto que, al despertarse y al salir, le parecía que seguía soñando.

Casi no hablaba. Hacía todo lo que Ángel le decía que hiciera. Se encontró en el tren que la tenía que llevar de nuevo a su pueblecito, acurrucado a los pies del Castillo, sin saber cómo, mientras Ángel en el trasiego de la estación le seguía dando consejos a la Negra mientras se agarraba a la ventanilla abierta.

Tenía los oídos y los ojos llenos de ruido, de colores, de un gran resplandor. El pequeño callejón estaba oscuro; las vecinas daban pena, vestidas de oscuro. Mientras la Negra giraba la llave en la cerradura, saludando a alguien, Mariangelina sentía muchas ganas de llorar.

El viaje le trajo mala suerte. Las vecinas la miraron con sospecha, quizás con envidia. Encontró poco trabajo. Fue entonces que las modistas Ragusa—dos víboras—encontraron la manera de que le dijeran a Mariangelina que se había equivocado, pero bien, al querer imitarlas, que cuando se lleva un nombre sin honor, hay que saber moverse entre dos aguas, ir a tus intereses ¡si no se quiere que la gente hable!

Mariangelina no se lo quiso creer. No supo ni siquiera responder a las palabras de quien le hizo el discurso. Fue como si se le hubiera abierto un abismo ante sus ojos. Se quedó asustada, trastornada. Vivió días negros; lloraba sin razón; algunas veces miraba fijamente a su madre con los ojos muy grandes que parecían oscuros. También la Negra miraba a su hija con la cara afligida. Tenían que decirse algo; una a la otra. Lo sabían; sobre todo algunas veladas, eternas, oprimentes, en las que la tontita se adormecía encima del banco y todo estaba velado de silencio y ellas dos estaban solas, cara a cara,

trabajando en silencio, atormentadas por un mismo pensamiento. No se dijeron nada. No tuvieron el valor ni tampoco el tiempo. Sí, el tiempo, porque no había pasado un mes —el almendro detrás de las viejas paredes de casa Ruda estaba en flor — que la Negra se acostó para no levantarse nunca más. En pocos días, sin que se supiera de qué, se fue al otro mundo, llevándose en el pecho, con las manos en cruz, su triste verdad.

Mariangelina se quedó sola, a la tontita no se la podía considerar una compañía. Dejaba el lamparita encendida toda la noche. Si se despertaba, tenía miedo de la hermana que dormía con la boca abierta, y que se reía incluso en sueños, tenía miedo de las sombras que se alargaban y se empequeñecían, y esa poca luz roja la quería en esas noches que no terminaban nunca.

Se morían de hambre las dos hermanas. Mientras la tontita se entretenía en un rincón, como siempre, Mariangelina se quedaba horas y horas con la barbilla entre las manos. Nadie venía a llamar a su puerta. Estaban solas, abandonadas. Y no había nada más melancólico que oír el callejón lleno de los ruidos de siempre, de las voces de siempre...

De la puerta entreabierta llegaba por oleadas el aire que estaba más templado; se sentía en algún momento un chillido agudo y lejano —las golondrinas estaban volviendo—, un piar ensordecedor y alegre —los gorriones que hacían sus nidos en el viejo jardín y en los canalones del antiguo palacio de los Ruda. Mariangelina se sentía deshacer completamente en una gran languidez, le temblaban las piernas, tenía siempre el llanto en la garganta; era quizás la debilidad, quizás la primavera. Pensaba en la ciudad grande, vista como en un sueño, donde las mujeres van con los vestidos preciosos y escotados, con bonitos zapatos, y todas son ricas y todas llevan la luz de la felicidad en los ojos ardientes.

Buscó trabajo. Que para ella el trabajo era la vida. Pero las cosas habían cambiado de verdad. Incluso doña Mimì mandó a la criada a que le dijera que no necesitaba hacerse trajes nuevos ese año.

¡Peor para ella que había desperdiciado todo para darse a la buena vida con el sobrino de doña Lisa! ¡Quién sabe qué hazañas

había llevado a cabo en Palermo! ¡No por nada el Señor la había castigado!

Mariangelina, en las tardes demasiado calurosas, volvió a abrir la ventanita. Ángel fue el primero que la volvió a ver en su sitio de siempre. Volvieron a charlar, él desde la terraza de piedra bajo la pérgola, ella medio escondida por el cedrón oloroso, en voz baja, para que las vecinas, malas lenguas, no la oyeran. Mariangelina sentía una gran ternura. Estaba agradecida con don Ángel porque le volvía a hablar, sin despreciarla, y le recordaba los buenos momentos que habían pasado para siempre.

Los días no le parecieron tan desolados. Esperaba a que atardeciera para abrir la ventanita y ver en la penumbra a don Ángel que la esperaba bajo la pérgola y le decía muy despacito para que le oyera ella sola:

—¡Buenas tardes, Mariangelina!

Una tarde, había sonado ya la hora de noche, don Ángel bajó por la calle y se acercó a la puerta de la modista.

—Tiene que entender que así no puede durar mucho más... — repitió con bondad, retomando el discurso. —Dígame la verdad: que ha decidido venir a Palermo cuando pongamos a esa desgraciada en el hospicio...

—¡Si se lo he dicho que yo ya estaría allí desde hace tiempo! ¿Qué hago aquí? Pero,... me entiende... tantos meses sin trabajo... No es como la otra vez que al menos el dinero para el viaje lo tenía ahorrado...

—Me ocupo yo. Está decidido... Pero nos pondremos mejor de acuerdo mañana. ¡Buenas tardes, Mariangelina!

Y se iba a ir. Pero se quedó un momento sin hablar y sin moverse, indeciso. Luego, ya que estaba oscuro, le cogió la cabeza entre las manos y apartando el pañuelo negro, la besó en la frente, delicadamente, como si fuera su hermana. Tenía los ojos llenos de lágrimas porque la quería y porque sabía que él, justamente él, la llevaba a la boca del lobo... pero también sabía que esa criatura tenía la mala suerte ya marcada: era una flor que alguno habría cogido, pronto o tarde, y él no quería que se la cogieran delante de sus ojos...

Por todos esos pensamientos Ángel se sentía triste e inquieto.

Pero Mariangelina había apoyado la cabeza sobre su hombro y era feliz con ese primer beso tan respetuoso y suave, de nuevo embriagada, aturdida, como cuando agarrada del brazo de Ángel, confiadamente, caminaba y caminaba por las calles grandes de Palermo.



VI  
**La puerta cerrada**  
*(Le briciole del destino)*

Incluso la habitación de doña Genna olía a pan fresco porque a mediodía Salvatura había llevado a la señora dos hogazas que acababa de sacar del horno y, luego, para complacerla, las había dejado en la cesta, encima de una silla.

Don Menu se vestía para irse al casino. Como era su costumbre, iba de un lado a otro de la habitación mientras se ponía o se desabotonaba el chaleco y se paraba delante de la ventana haciendo pequeños esfuerzos para empujar el botón demasiado grande en el ojal del cuello nuevo, endurecido por el reciente planchado. Doña Genna hacía punto detrás de los cristales, en pie, lista para ayudar a su marido a ponerse el gabán y a pasarle el cepillo por el cuello.

Estas cosas las seguía haciendo ella. Incluso el sábado le colocaba la camisa limpia encima de la cama, tan perfecta, lista para ponérsela.

Pero ya no podía vigilar a las mujeres que le hacían la colada una vez al mes, en el patio, ni ocuparse de la plancha, en las habitaciones de arriba. Ya no podía estar presente cuando se hacía el pan — como ese día que toda la casa olía —, ya no preparaba manjares para don Menu. Salvatura, la anciana criada, se ocupaba de todo. ¡De demasiado se ocupaba! Y algunos días que parecía que era ella el ama, doña Genna se prometía que iba a echarla como a un perro, mientras don Menu estaba en el casino... Sin embargo, doña Genna no era vieja, no estaba, que Dios no lo quiera, paralítica.

Sufría, o mejor, había sufrido desde joven, de mal de corazón: un poco de palpitaciones cuando subía las escaleras, un poco de insomnio de noche, de vez en cuando. Pequeñas molestias a las cuales nunca había querido dar importancia. Pero, una vez que

por una bronquitis, el viejo doctor Saitta la había observado con detenimiento, dándole golpes en los hombros con los dedos, como se hace con las muñecas que no vuelven a abrir los ojos, poniendo su oído en el pecho desnudo, para escuchar, doña Genna había sabido que estaba gravemente enferma y desde hacía mucho tiempo.

¡Cuántos consejos le había dado el viejo Saitta! Que no se cansara de ninguna de las maneras: que no se agachase ni para recoger un dedal si se le caía; que, sobre todo, no subiese las escaleras por ninguna razón...

—Porque con usted, comadre —había explicado—, que es una mujer sensata, es inútil tener pelos en la lengua. Un pequeño esfuerzo, una pequeña emoción, le puede llevar ante el Señor, derechita... Pero si tiene cuidado va a vivir cien años, se lo aseguro yo...

¡Los médicos! Sólo ven enfermedades mortales y vidas en peligro. Quizás porque ven cómo se les cierra los ojos a tanta gente, a demasiada gente, así cuando menos se esperan la muerte, sin que quizás ellos mismos sepan por qué se muere... Ellos llevan el mal agüero a las casas donde entran.

Desde el día de la visita de Saitta había ocurrido una verdadera revolución en las costumbres de doña Genna que siempre había sido una buena ama de casa.

Don Menu, normalmente poco expansivo, pareció impresionado. Se sentaba cerca de su mujer y decía:

—Cuando Dios la manda —(él se refería a la muerte) que se haga la voluntad de Dios. Pero ir a buscar nosotros mismos, eso no. Tú tienes que pensar sólo en curarte, y despreocuparte de todo.

Y le había hecho caso doña Genna. Desde hacía seis meses —ni siquiera un solo día —había subido las escaleras que llevaban al segundo piso. En el segundo piso estaba la cocina, el comedor, la habitación de la criada, el aparador... En fin, la parte más importante. ¿Es posible que la dueña de la casa no se ocupe de nada, que sea como una extraña en su propia casa?

Pero don Menu vigilaba la puertecita de las escaleras, como un

mastín. Si salía, y la criada tenía que salir también ella, se llevaba la llave.

Tantas veces Salvatura volvía antes y se sentaba en la habitación de la señora a esperar.

—¡Ve lo que me toca hacer! —decía furiosa —Cuando hay tantas cosas por hacer. ¡Y esto porque usted se comporta como una niña! ¡¿No lo entiende que no puede subir las escaleras?!

Doña Genna no habría creído nunca que su marido se preocuparía tanto por su salud. ¡Le había parecido siempre tan granuja, tan desenamorado! Y, al principio, completamente consolada, había agradecido a la Virgen por el milagro.

Pero, luego, con el tiempo, se sentía humillada por tanta premura, por tanta recomendación.

Cuando don Menu paseaba arriba y abajo por la habitación, con las manos en la espalda y el ceño fruncido, normalmente doña Genna sentía una especie de pesadumbre como si su marido la tuviera encarcelada: entonces miraba por la ventana cerrada con los ojos llenos de lágrimas, con un gran deseo de salir a la calle y caminar y caminar sin tener que volver nunca más.

No. No se veía con fuerzas para vivir así, día tras día, día tras día, como una viejecita que espera la muerte.

—¡Y tú piensas que va a ser siempre así! —exclamaba tímidamente. —¡Crees que se puede curar de mi mal! Mejor morir de golpe antes que beber la vida gota a gota.

Pero don Menu se ponía a gritar, decía que, al final, el verdadero mártir era él que se gastaba el dinero sin miramientos y que comía mal y se sacrificaba en todas las maneras posibles mientras que ella llevaba una vida cómoda, tranquila en el sillón, atendida y alimentada como una princesa; repetía que él no hacía más que lo que era su obligación y que todas sus atenciones ni siquiera las apreciaba. Gritaba tan fuerte que doña Genna, asustada, le pedía perdón, le juraba que no habría salido de esa habitación más que muerta.

Se quedaba como abrumada, después del número que le montaba.

¿Qué quería de ella don Menu? ¿Esa era quizás la manera de seguir las órdenes del médico? A medida que pasaba el tiempo él empezaba a tratar a la mujer con una especie de rencor, casi como si la enfermedad hubiera ido ella a buscársela y ahora la tuviera que expiar como una culpa.

—¿Dónde vas? — gritaba si la veía levantarse. ¡Como si el remedio fuese ese: no moverse!

Y luego, unas sopas frías, insípidas, que Salvatura traía entre una tarea y otra, con aire de condescendencia, el mucho llamar para que la trajeran un vaso de agua, las tardes del domingo pasadas en soledad, el lecho deshecho hasta mediodía, todas estas negligencias se habían convertido en algo muy natural, tanto que doña Genna no tenía el valor de quejarse pensando en las duras palabras de su marido que “gastaba su dinero sin miramientos”.

¡A lo mejor no estaba equivocado don Menu!

Pero ella no se podía acostumbrar, ¡no!. Luego, cada vez que sentía el olor a pan caliente, tenía enormes ganas de volver, aunque fuera por poco tiempo, a su bonita cocina llena de luz, al comedor que había sido su palacio...

Don Menu había acabado de vestirse. Donna Genna seguía, ansiosa, cada uno de sus gestos. Siempre miraba de esta manera, con el alma suspendida por la esperanza de que se olvidara de cerrar con llave la puerta de la escalera.

Pasó Salvatura con el mandil de dibujos florales y la cara seca y dura, envuelta en la esclavina. Iba a escuchar el sermón, con el permiso del “Señorito”. Doña Genna suspiró con fuerza. Hasta Salvatura, una criada, tenía su hora de libertad y no tenía que darle cuentas a nadie; se ponía su esclavina y salía a la calle. Ella sola siempre se quedaba en su sitio, peor que una encarcelada, porque los prisioneros expían sus errores y, por lo menos, se pueden quejar. Hoy transcurre como ayer, mañana como hoy. Ahora doña Genna va a esperar a que llegue la noche, tras los cristales, con el rosario entrelazado entre los dedos, sin ni siquiera rezar. Dentro de nada pasa el “jorobado” con la escalera para encender la farola. En el cielo van a brillar las estrellas, una tras otra. En el silencio grande

se va a sentir a Gracia cantar la canción de cuna al pequeñín con su voz grave. Esta noche como ayer, mañana como hoy...

Don Menu se puso el sombrero y se palpó los bolsillos. Luego cogió el bastón. Se fue hacia la puerta y volvió para atrás. Se había olvidado de la llave; seguro que se había acordado. Estaba allí, que parecía de plata, tan blanqueada por el uso. Ahora la habría quitado de la cerradura, con su habitual gesto un poco brusco, haciendo que chirriara un poco; ese chirrido que hería sus oídos, que la hacía sufrir.

Doña Genna miraba y, esperándose el gesto insoportable, el chillido que no podía faltar, el corazón le latía tan fuerte que parecía que le iba a estallar. No... Había cogido la cajetilla de cerillas después de cortar el puro.

—Adiós — decía.

—Adiós — respondía doña Genna.

Se quedó inmóvil escuchando. Sintió que se cerraba la puerta, luego el postigo con un golpe seco. Miró hacia fuera. El marido se marchaba lentamente, con las manos en la espalda, haciendo que el bastón se columpiara un poco a cada paso.

¡Hacía tanto tiempo que doña Genna no estaba tan contenta...! Había que subir antes de que volviera la espía de Salvatura. Y empezó a subir, feliz de sentirse de nuevo dueña de su propia casa. A mitad de la escalera se estremeció. ¿Y si se fuera a morir de verdad, allí, en las escaleras, sola, como un perro?

Sin embargo, seguía teniendo miedo de algo. No sabía de qué. A medida que subía, todas las ganas que la habían entusiasmado parecía que se desvanecían. En la poca luz volvió a ver su comedor. La ventana estaba abierta al campo: los montes todavía luminosos en el sereno crepúsculo otoñal y una fila de cipreses ya más oscuros por la tristeza de la noche parecía que estaban muy cerca.

Doña Genna miraba a su alrededor, sorprendida: la alfombra turca llena de polvo, las sillas atiborradas de cosas inútiles y algunas garrafas vacías en un rincón daban una impresión de dejadez, de abandono, como si ese pobre comedor no estuviera habitado desde hacía mucho tiempo.

Entonces ¿dónde comía Menu? A lo mejor en la cocina. Así solo... ahora... Entró en la cocina. Su ojo de ama de casa, atenta y experta, observó que la limpieza estaba allí muy descuidada. Las cuernas estaban oscuras, llenas de polvo, la canela, las tachuelas de latón, ennegrecidas, sucias, el solado de ladrillo uno aquí y otro allá grasiento... ¡Que miseria, qué miseria! Es así cuando no está la dueña. Pero esa historia tenía que terminar. ¡No eran de nadie todas esas cosas! Cada día había que ir a echar una ojeada al segundo piso, despedir a Salvatura si era necesario... Vagó una vez más por la cocina. El aparador estaba abierto. Ella siempre lo había tenido cerrado, atrancado... las llaves en el cinturón...

Es así cuando falta el ojo de la señora... ¡No eran de nadie todas esas cosas!

Pero ¿dónde comía Menu? No se veía nada preparado para la cena... Quién sabe como lo había descuidado esa bruja. Sí, era una bruja, Salvatura, con los ojos fríos y claros que parecían de cristal, los labios más sutiles que un hilo bramante, sellados.

Estaba muy descontenta doña Genna. Mejor no ver algunas cosas... Faltaba la habitación de la criada. Pero era inútil ir a ver también la madriguera de esa mujer que en la suciedad se sentía como una gallina en el estiércol. Sin embargo, por curiosidad, antes de bajar empujó la puerta de la habitación de Salvatura.

Se quedó parada en la puerta, como petrificada. Allí todo parecía limpio, ordenado, casi embellecido. Se encontraba el espejo grande que antes estaba en el comedor y que doña Genna ni siquiera se había dado cuenta que faltaba; en la cama la manta de lana amarilla que doña Genna sabía que estaba bien guardada en la *corriola*<sup>21</sup> entre colillas de puro; en medio de la habitación, una pequeña mesa puesta con dos platos, dos vasos, dos cubiertos.

Doña Genna miraba y no se podía mover. En la mesa había dos graciosas cositas de masa, como las amasaba ella antes, cada vez que se hacía el pan. Representaban dos letras; y una, retorcida

---

21 *Carriola* o *carruola* es un arcón donde se guarda la ropa. Normalmente se ponía debajo de la cama y tenía cuatro ruedas para que se pudiera mover con facilidad.

como una serpiente, parecía una “ese”.

Doña Genna estaba pálida como una muerta. Luego se sintió subir una llamarada de sangre desde el cuello hasta los ojos. Veía rojo; tuvo unas ganas enormes de tirarlo todo al suelo; de romper, devastar, aplastarlo todo con los pies. Y se retorció las manos bajo el chal, hasta hacerse daño, para no tocar nada. No, no. ¿De qué servía? ¿Habría roto alguna vez la cadena que unía a esos dos desgraciados?

Son cosas que cuando nacen no se pueden destruir, así, con una escena.

¿No había sucedido lo mismo a la pobre tía Lisa que había echado a la criada y había montado un espectáculo para luego saber que el marido mantenía a la antigua criada como a una señora, en una bonita casa?

Rehaciendo las escaleras, volvía a oír la voz del viejo Saitta que le aconsejaba evitar las emociones, el cansancio. ¡Oh, compadre Saitta, no se muere de pena! No se muere por una emoción incluso cuando se está enfermo del corazón. Si no suena la última hora, aunque ya no se pueda más, se camina, se camina siempre por la vía de la vida.

Pero ¿por qué iba a pensar en la muerte? ¿Morir para darle gusto a esos dos? ¡Qué estúpida...! Tenía que hacer algo, eso sí, ahora que sabía, ahora que cada ruido en las habitaciones de arriba habría tenido un significado distinto, el verdadero significado. Sentía mucho frío en los huesos y le faltaba el aliento. Se dejó caer en el sillón. Le parecía como si una mano de hierro le hubiera agarrado por el pecho.

¿Por qué se había puesto enferma de esa manera?

Fuera pasaba el “jorobado” silbando. En el cielo lucían las estrellas. Doña Genna mantenía las dos manos sobre el corazón. Pensaba sin medida en las cosas más distintas, como delirando. Tenía que echar a la criada, sin perder tiempo, en cuanto volviera. Pero un escalofrío le corría por la espalda al pensar en don Menu. Estaba demasiado enferma. No se sentía con fuerzas para afrontar la cólera del marido, justamente esa tarde.

—¡Señor, señor! ¿Es posible que una enfermedad pueda consumir de esta manera?

Le pasaban por delante la tía Lisa, el pobre tío José con su cara gordita y cordial; la miraban un momento y se marchaban. Quien la quería de verdad estaba entre los muertos. Salvatura aparecía en medio de la habitación, muy alta y huesuda, sus labios sutiles como el hilo bramante se increspaban un poco, en una sonrisa malvada. Estaba sola; sola entre gente enemiga.

Doña Genna se estremeció con el ruido del postigo, al abrirlo y luego cerrarlo con un golpe seco.

Se sintió desgraciada y más ruin que la esclava que, pensando en huir, oye el paso de su amo y vuelve para atrás.

—¿Cómo estás? — preguntaba don Menu, encendiendo la luz.

Doña Genna no respondió. No podía, no debía continuar por su camino como el viandante que retoma su carga.

Don Menu se quitaba los zapatos y metía los pies en las zapatillas de terciopelo bordadas, con un pequeño “¡oh! de placer.

Doña Genna le miraba con los ojos en blanco, sentía que se ahogaba pensando que tenía que decir algo, pero las palabras no salían de su boca, y se agarraba el corazón con sus dos manos, bajo el chal pesado.

Don Menu se dio cuenta de que la puerta estaba abierta. Se sentó cerca de su mujer y le dijo con bondad:

—¿Cómo te sientes? ¿Te has movido? ¿Has tenido frío? Así, sin fuego... Se ve que se le ha olvidado dejarte el fuego...

Doña Genna no respondía.

—Entonces, ¿qué te pasa? ¿Se puede saber? —exclamó él, duramente, levantándose.

—Nada. No me he movido... —respondió su mujer con la voz rota.

Lo dejaba para más tarde, para mañana. No podía decir nada más porque se sentía mal. No podía responder con las palabras que le subían a la garganta porque diciendo: —¡yo lo se! —no tenía que seguir viviendo como ayer, como anteayer. Y se agarraba el

corazón con las dos manos, asustada, con miedo al sentir que latía cada vez con más violencia.

Don Menu, calmado, cogió la lámpara y empezó a subir por las escaleras lentamente.

Doña Genna seguía con los ojos en blanco el pequeño globo de luz rojiza que subía y se empequeñecía y luego desaparecía en el rellano. Se avergonzaba de sí misma que había respondido de una manera tan tonta, y después de tantas horas de incertidumbre y desesperación. Y lloraba. Mañana, había pensado que tenía que calmarse. Sentía de manera confusa que cada tarde habría dicho: mañana. Y sus días futuros le parecían oscuros, sin esperanza, iluminados sólo por la lívida luz de su dolor inconfesable. Sabía que seguiría viviendo así, sin meta, como dentro de una frágil barquita perdida en medio del mar.

Por eso lloraba. Y llorando, su sufrimiento se exasperaba, porque doña Genna pensaba que todas esas lágrimas eran inútiles...



VII  
**Campanilla**<sup>22</sup>  
*(Le briciole del destino)*

El mediero Pepe, delante de la puerta, cortaba una caña muy lentamente para hacerse un flauta y apretaba los labios cada vez que empujaba la navaja que sujetaba bien con la mano lenta y maciza.

—¿Tiene ganas de tocar, señor Pepe? —preguntó Graciano que se le acercaba con un caminar desconyuntado.

—Siempre he tocado. ¿Que otra cosa podría hacer allí arriba, como una rama seca, mientras las cabras pastan? Toco y me olvido de mis penas.

—Señor, ¿me permite un par de palabras? —interrumpió Graciano mientras se paraba.

—Cuatro, hijo mío.

—Pero no aquí. Dentro, en su casa.

—Estás loco. En mi casa nunca ha puesto el pie nadie. ¿Se te olvida que tengo una hija?

—¡Señor Pepe! —dijo el joven echándose hacia atrás la gorra. —Es justamente de Campanilla de quien tengo que hablarle.

Las manos del pastor temblaron levemente mientras comenzaba a limar la caña.

—Usted lo sabe, ya hace mucho tiempo que nos vemos. Ella es hermosa como una espiga madura y buena como el pan. Yo... Usted ya me conoce. No tengo vicios. Con la justicia nunca he tenido nada que ver. Ni soy uno que no tenga nada. Es verdad, es inútil. Usted me conoce como a un hijo.

---

22 La autora llama a la protagonista de este relato con un sobrenombre en siciliano, “Ciancianedda”, que significa campanilla.

El señor Pepe, muy duro, trabajaba la caña sin limarla porque estaba pensando. Luego dijo lentamente:

—A mi hija yo no la caso. Tú lo sabes.

—Lo se. Pero yo la quiero tanto y la entiendo como si pudiera hablar.

—Y yo te quería decir que la dejaras en paz, que no es una acción propia de un buen joven que ella pierda la cabeza. Hoy, tú me dices, no te preocupa su mal. Pero mañana, cuando la pasión se aplaque, entonces mañana sí que te preocupará y te resultará una carga. Es nuestra cruz. Hace ya cuatro años. Antes, parecía que se iba a morir..., luego,... No se si ha sido peor o mejor... Es una criatura que si uno no la respeta, se muere de pena, poco a poco, sin que nadie se de cuenta, como una flor que se seca en el tallo. Ahora, el respeto se lo tenemos su hermano y yo. Y antes se lo tenía su madre, que en paz descansa. Tú la puedes engañar de cualquier manera, a sus espaldas, y ella no te siente. La puedes insultar y ella no te oye...

El viejo parecía que estaba observando atentamente la flauta esbozada.

—Le juro por el alma de mi padre —respondió Graciano, — que preferiría que me cortaran las manos antes que tocarle un pelo.

Siguieron hablando. Y, finalmente, el señor Pepe empujó la puerta y cedió el paso a Graciano que se quedó en la puerta.

—Te la doy. Pero ¿quién se va a encargar de la casa de ahora en adelante?

Graciano miró las cuernas relucientes que se teñían de rojo en la pared ahumada; el suelo limpio, fregado recientemente; la chimenea barrida; y en la cómoda las tazas con el borde dorado dadas la vuelta, cuatro naranjas y las imágenes de los santos. El viejo quiso abrir también el arcón para enseñarle un rollo de tela blanqueada. Levantó un poquito la tapa y en seguida la dejó caer diciendo:

—Estas son cosas de mujeres. Tenía dieciséis años cuando se puso mala. ¿Te acuerdas? Y dieciséis y medio cuando se le murió su madre, que descansa en paz. Desde entonces, sola y tan joven, ha llevado la casa como un reloj. Ahora está hilando la lana, luego

preparará el telar. Incluso los *scappulari*<sup>23</sup> los cose ella. Para la casa es como una abeja. Y cómo cantaba antes, ¿te acuerdas? ¡Una auténtica campanilla parecía! Le ha quedado el apodo... Y, con todo, está siempre sonriendo, incluso cuando no querría... Vete ahora. Ha salido con su comadre Ursulina para la bendición. Aquí volverás a poner un pie el día del *inguaggio*<sup>24</sup>.

Y el mediero Pepe volvió a salir de casa para hacer la flauta de caña nueva y se quedó fuera hasta que volvió Campanilla. En seguida entró también él, con el ceño fruncido y se sentó encima del arcón.

Luego llegó también Miguel, el varón, tan grande que tenía que agacharse para entrar por la puerta.

Entonces – mientras Campanilla arrodillada soplaba bajo el caldero que, al estar colgado, se balanceaba – el padre llamó a su hijo y le anunció sin mirarle:

—Hoy me ha dicho lo que tenía que decirme. Es inútil que le hables tú... La quiere de verdad —añadió señalando a la chica que, con el reflejo de la llama viva, parecía que tenía el pelo de cobre.

—Y ¿usted?

—Se quieren —dijo el viejo suspirando. — Tu hermana se está haciendo el ajuar y creo que en el fondo de su corazón piensa en casarse. Un día u otro puede hacer una locura, sin saberlo.

—Pero ¿¿se le olvida a ese desgraciado?!

—Se quieren de verdad, Miguel. Se entienden como si hablaran. El amor no se apaga como el fuego...

Después del *inguaggio*, el señor Pepe dejó que los novios se vieran todas las noches cuando Graciano volvía de San Martín.

Campanilla, en la puerta, hilaba grueso y fino como una loca, bajando los ojos tímidos y sonrientes cada vez que Graciano se inclinaba hacia ella con la cara animada por el placer y el deseo. Pasaban así horas y horas hasta que salía la luna.

23 El “scappularu” es parecido a la túnica que llevan los frailes capuchinos, pero sin mangas. Lo utilizan en el campo como abrigo.

24 Pedida oficial de mano.

Las vecinas se guiñaban el ojo y exclamaban con pesar:  
—¡Qué pena! Parece un San Jorge... Como si no hubiera chicas...

Campanilla no se daba cuenta de nada; no veía las caras rencorosas; se olvidaba de su propia desgracia. Bajo la mirada de Graciano parecía que le había dado el sol de julio.

Pero, por la noche, cuando al silencio que la envolvía por completo se unía también la oscuridad, entonces sentía que le faltaba el aliento, pensando que nunca, nunca, habría podido dirigirse a Graciano con su voz. Ella recordaba los buenos tiempos, cuando se parecía a todas las demás. Conocía todo lo que se puede decir con la voz, todas las cosas que se pueden sentir en una sola palabra. Se acordaba de cuando iba a la *quota*<sup>25</sup> con su madre y corría a coger moras justo al seto que separaba Petranica de San Martín. Graciano venía a escardar en la ribera. En cuanto la veía, dejaba la azada y algunas veces decía:

—¡Eh, Campanilla! ¿Qué viene a hacer por aquí?

—¡Pues a coger moras!

—¡Ah! ¿sí? Entonces le ayudo yo a cogerlas —y se disponía a saltar el seto. Y ella huía chillando y se refugiaba en el pajar.

—¿Qué te pasa? —le preguntaban. —¿Por qué estás tan roja?

—¡Nada! He visto una culebra entre las espigas.

Y se reía. Y luego cantaba a voz en grito, y le parecía que el alma volaba con el canto, en el sol rojo, hacia el cielo sereno. ¡Qué tiempos aquellos!

Una vez Graciano había saltado el seto de verdad y, agarrándola del brazo, le había pegado los labios en las mejillas buscándole la boca. También entonces había huido, con las piernas que le temblaban, llevándose ese beso en la sangre como si el sol le hubiera quemado las venas. Y desde ese momento no había vuelto a coger

---

25 La “quota” se refiere generalmente a unas tierras heredadas y gestionadas directamente por un campesino o ganadero o una parte de una gran propiedad de un rico señor de la zona de la que se encarga un mediero. Este último caso es muy probablemente el del señor Pepe.

moras al seto, y al ver a Graciano, había bajado los ojos. También ahora, en la noche fría, sentía en las mejillas el ardor de esos labios que sabían a sol.

¿Qué había pasado luego? Se había puesto mala; eso era lo único cierto. Pero de la enfermedad no se acordaba para nada; de la convalecencia conservaba algún recuerdo impreciso y lejano. Se había sentido recuperar poco a poco, como quien se despierta de un sueño interrumpido por sueños espantosos que no sabría relatar. Se había encontrado envuelta en silencio. Un silencio de plomo que le pesaba tanto sobre el corazón y los oídos.

En la noche oscura tenía miedo de la boda cercana y se dormía llorando. Pero al llegar el día los pensamientos tristes se devanecían en la luz y se perdían entre los utensilios que iba tocando y que eran, desde hacía cuatro años, un poco como la comadre, un poco como el padre: cosas sin voz, pero cosas buenas.

Muy pronto llegó el tiempo de lavar el ajuar de quince prendas. Era agosto y se fue a extenderlo al campo. Luego lo planchó y lo esparció sobre las camas, sobre la cómoda, en las cestas alargadas, de manera que toda la casa olía a tela nueva y las conocidas dijeron, admiradas, que sólo el ajuar de una hija de *burgisi*<sup>26</sup> podía ser más rico que el de Campanilla. Graciano ya había comprado el oro, la esclavina y los vestidos – uno de color ceniza de lana buena y uno amarillo de seda brillante.

En la fiesta de la Virgen se casaron; y Campanilla, del brazo del padre, seguida por Miguel y por el novio y con todos los invitados, puso el pie en su casa nueva.

Mientras la comadre Ursulina se afanaba para que se sentaran los invitados y para pasar la bandeja con la *càlia*<sup>27</sup> y el vino viejo, Graciano enseñaba a la novia los bártulos y los utensilios. No faltaba nada, desde la cama de latón hasta la candil, tenía todo lo que podía

---

26 Con *burgisi* se refiere a los campesinos ricos.

27 La *càlia* un alimento típico consumido en toda Sicilia con ocasión de las fiestas patronales (como la de Santa Ágata en Catania o de Santa Rosalía en Palermo) u otros eventos de gran relevancia. Se prepara tostando garbanzos y salándolos.

necesitar. En la cómoda, delante de una fila de tazas de color rosa, había una cesta con uva moscatel, la primera del año. A la cabeza de la cama se reía un Niño Jesús con rizos y gordito.

Campanilla temblaba y sonreía mirando a su alrededor. Sus ojos eran tan hermosos como el mar alrededor de las islas Lipari cuando el cielo está sereno. Con las manos unidas parecía que estaba rezando. Ya estaba sola con su amor y con su gran felicidad.

Miguel y los invitados charlaban mientras comían la *càlia* con alegría; sólo el mediero Pepe, mirándose las botas, estaba callado como pensado en cosas difíciles y penosas.

La comadre Ursulina repartía puñados de *càlia* a los novios. Graciano llenó un vaso y se lo ofreció a Campanilla. Ella lo cogió, pero la mano le temblaba con tanta fuerza que todo el vino se le derramó sobre el vestido amarillo.

Miguel y los invitados se quedaron mudos. El mediero Pepe apretó con fuerza los labios mientras miraba a su hija. Campanilla, asustada, miraba fijamente la mancha roja como la sangre que se extendía sobre el vestido reluciente. Sintió el soplado del mal augurio que pasaba por la habitación entristeciendo la cara de todos...

La comadre Ursulina fue la primera que volvió en sí.

—¡Vino derramado indica abundancia! —exclamó. E intentó que la novia se levantara ya que se había arrodillado delante de la cama. Pero la novia lloraba sin consuelo. Estaba sola con su desgracia.

Campanilla esperaba a Graciano que había vuelto de San Martín. El ocio propio de la mujer recién casada la fatigaba suavemente. Se movía por la habitación tocando y acariciando los respaldos de la cama, la cómoda, las sillas de una en una; todo era suyo. Y Graciano, guapo, fuerte y sano, era suyo y la quería. Este pensamiento le encendió la sangre de sensualidad y de ardor.

Cada minuto le parecía eterno y hacia el Ave María no se atrevió a moverse ya que tenía miedo de la oscuridad como de un enemigo.

Cuando Graciano volvió tembló de placer casi como si lo hubiera vuelto a encontrar. Le ayudó a desencabestrar al burro y se cargó las alforjas ella sola, para que viera que era fuerte y útil. Le quitó los zapatos de piel de cabra, llenos de barro, le sirvió la sopa, le atendió

mirándole siempre con apasionada humildad. Lo miraba fijamente durante mucho tiempo, con ansia, con el miedo de no comprender en seguida, con esa mirada suya cargada de sensualidad y de dulzura como un racimo de uva madura.

Su felicidad estaba continuamente turbada por la inquietud. Lo habría dado todo por oír una sola palabra, aunque fuera una orden. Lo habría dado todo por conocer todos los placeres, todas las costumbres de su hombre amado. Y, no pudiendo preguntar nada, prometer nada, observaba siempre esa cara todavía nueva, consumiéndose para leer bien en ella.

No quería salir. Iba a buscar agua por la tarde o al alba para que la acompañaran, ya que tenía miedo de la gente extraña, de las caras desconocidas. Pero una tarde Graciano le hizo una señal de que, a partir de ahora, ya podía ir sola. Campanilla obedeció y atravesó la calle desierta siempre pegada a la pared. En la fuente se encontró con las vecinas habituales. Una vieja, que no faltaba nunca, dijo:

—¿Es la primera vez que viene sola? Usted era del barrio de San Antonio, me parece...

Campanilla, creyendo que la saludaban como habían hecho al verla con su marido, sonrió dulcemente.

La vieja la observó frunciendo la frente estrecha y dijo a una chica morena y escultural:

—Mira, Silvestra, la novia es la misma de la que nos habló Brassi. La hija del mediero Pepe. ¡Menuda adquisición!

Campanilla, al verlas hablar, miró a su alrededor con aire asustado. Observaba a la chica: la vio grande y provocadora y se sintió pequeña y desgraciada.

Silvestra la remiraba con curiosidad, contoneándose; luego empujó la jarra de la novia muda para poner la suya. Campanilla se puso pálida bajo la mirada de esos ojos socarrones y tan negros como si estuvieran hechos con la tinta del *orbace*<sup>28</sup>.

---

28 El *orbace* es un tejido de lana, tradicionalmente hilado a mano, típico de Cerdeña. Normalmente se tiñe de negro, aunque también de rojo, y se usa en los trajes regionales.

La odió, así, de repente, con toda la fuerza del alma, sin saber por qué.

Desde esa primera vez fue a buscar agua por la mañana al alba, cuando todavía no había gente en la fuente.

Ahora Miguel y el padre habían cerrado la casa y estaban siempre en Petranica; uno trabajando la tierra, el otro cuidando de las cabras en la colina de Erva.

Cuando volvía, una vez al mes, el padre iba a ver a Campanilla. Se sentaba y le preguntaba con un gesto de la mano, escudriñándola:

—¿Qué haces? ¿Cómo estás?

Ella se explicaba, señalando a su alrededor. ¿No se veía que no le faltaba de nada?

Campanilla movía los hombros, riendo. No se preocupaba ella de la gente.

Pero el señor Pepe conocía a su hija. Y si la veía un poco afligida, esperaba al yerno para echarle un rapapolvo. Le decía:

—Ten cuidado. Si me entero de algo, aunque sea poco,... — y con el pulgar se apretaba el índice.

—¡Pero que está pensando usted! —decía Graciano alegremente. —Estamos hechos el uno para el otro.

Y después de la visita del suegro se sentaba un buen rato al lado de Campanilla y al día siguiente le traía alguna primicia de San Martín.

Alguna vez venía también la comadre a ver a Campanilla. Ajustándose el mandil, rígido y reluciente porque no lo había lavado nunca, también preguntaba: —¿Y la gente?

—No importa. Yo siempre estoy aquí —explicaba Campanilla señalando la puerta cerrada y el taburete colocado bajo la celosía.

La calle, hacia el crepúsculo, resonaba con el canto de Silvestra, que con la voz fina y enardecida, descargaba y desafiaba:

*Chista la dicu a tia sciuri 'i cannella,  
la casa è bascia e la picciotta è bella*<sup>29</sup>.

29 *Esta te lo digo a ti, flor de canela, / la casa es baja y la chica es guapa.*

A veces Graciano, mientras pasaba al volver de San Martín, le decía apartándose del burro:

—Eh, Silvestra. El pájaro enjaulado, o canta por amor o canta de rabia.

—Es más fácil que el pájaro cante por amor.

—Y el vuestro ¿cuál es, Silvestra?

—Quién es mi amor no se lo digo ni a usted ni a los demás.

Y con esos ojos asesinos con forma de almendra lo miraba de arriba a abajo.

*Quannu manca pi ttia, quannu pi mia,  
passa lu tempu e nun n'amammu mai*<sup>30</sup>.

Graciano volvía de mal humor y, mientras la mujer le daba de beber al burro, esperaba con las piernas alargadas para que le quitara los zapatos. Campanilla se ocupaba de él con humildad, atenta, con los nervios en tensión, por si necesitaba algo. Había aprendido a leer bien en esa bonita cara que desde hacía un tiempo veía irascible o molesta. Quería preguntarle qué tenía contra ella, si le guardaba rencor por alguna falta que había cometido sin saberlo. Pero era difícil hacer con gestos esa pregunta demasiado larga. Se atormentó intentando encontrar la manera de que la entendiera. Una noche le pareció que la había encontrado. Se puso de rodillas delante de él, con las manos juntas. Él levantó los hombros. Luego la rechazó sin mirarla y se fue a la puerta.

Campanilla, arrodillada e inmóvil, siguió mirando la figura de Graciano, negra contra la luz blanca de la luna.

Estaba apoyado en una jamba. Respiraba el buen aire de marzo, ávidamente, como un hombre que ha salido de la cárcel. Campanilla temblaba, con la sangre encendida de dolor y de pasión. ¿Qué tenía en contra de ella?

Se levantó y se le acercó de puntillas; le tocó un brazo tímidamente. Graciano no se dio la vuelta. Estaba escuchando.

---

30 *Cuando no es por ti, es por mí, / el tiempo pasa y no nos amamos nunca.*

Campanilla lloró con fuerza. Una voz estridente y fina cantaba:

*Li to ' canzuni tutti 'arrubai,  
l'amuri to ' d'in tuttu l'ammagai,  
tu ti nni mori di malancunia*<sup>31</sup>.

A lo mejor Graciano se había aburrido de verla llorar. Se miró largamente en el pequeño espejo guardado entre los peines, y se vio los ojos amoratados y las mejillas sin color. Le había gustado porque incluso sin una palabra tenía el aspecto sereno y le recordaba a la Campanilla de un tiempo, la Campanilla que cantaba a voz en grito como un pájaro en primavera.

Y todo el día no hizo otra cosa que esperarle y mostrarse distinta. Pero él vino después del Ave María, cuando ya todos los campesinos habían vuelto ya desde hace un buen rato de su *quota*. Tenía la cara oscura. Nada más terminar de comer, encendió la pipa y se sentó a la puerta.

Campanilla lo miraba. Lo veía encantado, escuchando. Y su cara parecía iluminada.

¿Qué voz se levantaba por la noche? ¿Qué voz le gustaba con tanta fuerza?

Sintió todavía más mordaz el dolor de ese silencio de muerte que le envolvía los oídos. Ningún bien era más grande en la tierra que el que había perdido a los dieciséis años. Ni la belleza, ni el dinero, nada encadena más a dos criaturas que la potencia de la palabra. La palabra que puede ser más dulce que los besos...

La comadre Ursulina, el día siguiente, se la encontró con los ojos rojos y repitió las mismas preguntas. Pero la ahijada sonrió. Ella era feliz. Graciano la tenía en la palma de la mano, como una joya de oro fino. ¿Por qué había llorado? Rarezas, fantasías...

La comadre negaba con la cabeza. Luego dijo: —Escucha. —Se tocó los ojos con el índice y el medio alargados y señaló fuera.

¿Fijarse?

---

31 *Todas las canciones te las he robado, / tu amor del todo lo tengo hechizado, / tu te mueres de melancolía.*

Campanilla, al quedarse sola, pensó y volvió a pensar con angustia. ¿Fijarse? Abrió la puerta y se sentó a hilar fuera. Era la primera vez. No se había atrevido nunca a unirse a la gente extraña en el barrio extraño...

Todos los vecinos estaban fuera, al solecito de marzo. Campanilla volvió a ver a la chica de ojos negros que parecía que estaban hechos con la tinta del *orbace*.

Una mujer que zurzía exclamó:

—Ha salido la novia.

—Ya no es tan altanera —añadió otra.

La vieja farfulló:

—Pero tiene cara de buena, pobrecilla.

Campanilla, al verlas hablar, sufría como si ciento alfileres la pincharan en la carne. Pero no pensaba en entrar.

Sin embargo, cuando Silvestra le pasó justamente por delante, contoneándose y mirándola, Campanilla se levantó y entró dando un portazo como si le hubieran dado una bofetada.

Mantuvo la puerta entornada y se volvió a poner en su sitio, bajo la celosía. Pero no hilaba. Escondida, miraba hacia fuera para verla pasar: y mirándola fijamente, con los ojos cargados de maldiciones, gemía como cuando se olvidaba de su mala suerte y creía que podía hablar. Intentaba rezar, pero lo dejaba enseguida ya que también la voluntad de rezar estaba intoxicada. El silencio, su socarrón enemigo, se llenaba de pensamientos malignos y espantosos.

Quiso confiarse con su padre. Pero, luego, cuando lo vió, tan decidido en cada gesto, se arrepintió de su propósito y tembló por Graciano. No. ¡No se puede poner la guerra entre dos hombres!

Y sonrió para que su padre entendiera que estaba contenta y que no le faltaba de nada.

Graciano volvía después de la una de la noche, cuando la sopa estaba fría en la lumbre medio apagada. Ella lo esperaba acurrucada en un rincón, en la oscuridad. Las palabras que no podía pronunciar le hacían un nudo en la garganta que le ardía.

¿Por qué vuelves con las alforjas medio vacías? ¿En San Martín no se hacen las primeras habas todo vaina y pelusa, en el

mes de abril? ¿El año pasado no me habías traído una cesta para el *inguaggio*?

Las palabras la sofocaban; y se quejaba con fuerza como un pequeño perro apaleado.

Una noche lo esperó fuera, escondida. Vino antes del Ave María y se paró delante de la otra casa. Descargó las alforjas ayudado por otra. Luego cerraron la puerta.

Campanilla entró en casa. Temblaba como si tuviera la terciana. A lo mejor era así desde que se casaron; quizás hasta antes...

Lo esperó en cuclillas en el escalón, con la barbilla en las rodillas. Ya no pensaba. Le parecía que la habían arrojado sobre el escalón, muchos años antes, como una cosa muerta.

Cuando él vino, levantó la cara deshecha, movió los labios y luego extendió las manos.

Quería rechazarle. Quería pararle. Había en los ojos dilatados una potente voluntad de hablar. Se le enroscó a las rodillas. Graciano tenía la cara roja y las venas hinchadas como si hubiera bebido; la rechazó, la volvió a echar en un rincón, y la pegó.

Nunca le había pegado su padre. Nunca.

Quiso huir. Pero se quedó en la puerta. La casa estaba cerrada. Los hombres estaban en Petranica.

Quedaba la comadre Ursulina que le habría extendido los brazos, que la habría calmado...

Hizo una señal desesperada hacia la calle oscura y desierta.

Graciano se rió, con una fea mueca en la cara encendida, indicando la puerta. ¿Quería irse? ¡Ahí está la puerta!

Irse... Ahora él la humillaba. Pero su casa estaba cerrada. Los hombres estaban en Petranica. Quedaba la comadre Ursulina. ¿Y después? ¿Cuando su padre, cuando Miguel supieran que a Campanilla la habían maltratado?

No. No se pone odio y rencor entre los hombres.

Graciano se había tirado sobre el *tramareddo*<sup>32</sup>, y había cerrado

32 El *tramareddo* o *tramarièddu* es una manta pesada de lana tejida en casa.

los ojos. Agotada se dejó caer sobre el arcón.

Al alba sin color se puso en pie. Quizás se había adormilado un poco. Temblaba de frío, tenía la cabeza pesada, la boca amarga.

Graciano dormía profundamente, respirando fuerte. La camisa abierta dejaba desnudo el pecho y el cuello que parecían de bronce vivo.

Campanilla le miró.

Una sola cosa había que hacer. Se lo dijo el alba sin color, se lo sugirió el silencio socarrón que tejía su tela negra.

Un pensamiento obstinado hacía que le dolieran las sienes como el ruido de un berbiquí que gira y gira sin tregua. Sus ojos tenían una luz fría de metal como cuando sopla el lebeche y el cielo se ennegrece sobre las islas Lipari.

A la comadre que le hizo las preguntas de siempre le respondió levantando los hombros. Estaba contenta. ¿No lo veía? Esperaba a que llegara Semana Santa. Semana Santa que trae la paz a todos, a los buenos y a los malos, a los amigos y a los enemigos. Y contaba con los dedos alegremente: hoy, mañana y luego ya llegaba el Domingo de Ramos.

La noche del sábado era fría. Un viento seco, helado, había emblanquecido la calle como si estuviera hecha de huesos de muerto. Todas las puertas estaban cerradas. Lejos, en el mar, se adensaban nubes oscuras con flecos rojos. Alguna ventana golpeteó y una mujer que pasaba dijo apretándose en la esclavina:

—El cielo está cerrado, habrá tormenta.

Una vieja, que llevaba un haz de leña menuda, se quejó:

—¡Tendremos una mala Semana Santa este año, para exculpar nuestros pecados!

Campanilla miró al cielo desde la celosía y se estremeció. Tenía fiebre.

Era temprano pero ya parecía de noche. Graciano habría vuelto muy tarde porque tenía que pasar por Petranica para que le dieran un cordero.

Campanilla sacó un *scappularu* viejo del baúl donde guardaba el vestido de novia con la mancha grande que parecía sangre.

Miró a la lumbre apagada y volvió a mirar al cielo que se oscurecía.

Silvestra tarareaba una canción. La niebla que bajaba rápidamente sobre el pueblo no dejaba que se distinguiera una casa de la otra.

Graciano tardaba. Tenía que pasar por la *quota* del mediero Pepe que le quería dar un cordero para la muda.

Sintió llamar a la puerta, suavemente. No esperaba a nadie a esa hora y Graciano no podía haber vuelto. Entornó la puerta, con cautela, y distinguió a un hombre, de baja estatura, con la *buffa*<sup>33</sup> sobre los ojos; estaba pegado a la pared, como un pobre o como uno que no se tiene en pie, y se sujetaba los bordes del *scappularu* demasiado ancho unidos sobre el pecho.

—¿Qué quiere? —le preguntó duramente. No obtuvo respuesta. Entonces, abrió un poco más.

—Pero bueno, ¿a quién está buscando? ¿Qué quiere? —repitió.

Bajo el *scappularu* la mano se movió; luego volvió a apretar los bordes sobre el pecho.

Dos ojos extraños, relucientes, llenos de terror, miraban fijamente a Silvestra. Silvestra cerró la puerta con prisa, desconcertada. Escuchó con atención. ¿Todavía no se había ido? Luego se puso a tararear una canción para quitarse la mala impresión.

Campanilla dio pocos pasos. Se tambaleaba: se desplomó al suelo tras la esquina oscura y desierta. Dejó que la pistola resbalara sobre sus rodillas, lentamente. No pensaba en otra cosa que Graciano tenía que volver, que alguien la pudiera ver.

¿Es que no había un lugar para ella? Ella estaba más sola que un mendigo que duerme bajo las estrellas, más perdida que el niño que no encuentra su puerta.

Tenía horror de sí misma, de su vida; y pedía a Dios que la perdonase por el acto que no se había atrevido a llevar a cabo.

Un viejo que pasaba se acercó con piedad; creía que había visto a un chico acurrucado en el suelo — a lo mejor se había desmayado —

---

33 La *buffa* es una capucha que llevan en algunas cofradías, cubre toda la cara y deja al descubierto sólo los ojos. Probablemente aquí se refiere a la capucha del *scappularu*.

en un *scappularu* demasiado grande. Le preguntó qué le pasaba, le cogió de un brazo para ayudarlo a levantarse; el *scappularu* resbaló sobre un corpiño con dibujos florales mientras una suave trenza de color castaño se deshacía como una madeja de seda.

El viejo dio un paso hacia atrás, pero se volvió a inclinar en seguida. Había visto la pistola. La cogió con cautela. Estaba cargada.

—Pero ¿qué querías hacer, desgraciada...? —repitió escondiendo el arma bajo el *robone*<sup>34</sup> y mirando a su alrededor alarmado.

Campanilla lo miraba fijamente con los ojos dulces, ardientes y llenos de angustia. Luego se dejó llevar por la estrecha calle todavía desierta, hacia la casa de su marido, toda cubierta de niebla.

---

34 El *robone* es una especie de chaquetón o abrigo.



**VIII**  
**Demetrio Càrmine**  
*(Le briciole del destino)*

Catalina estaba haciendo la pasta cuando un timbrazo resonó en toda la casa. A esa hora – casi las once de la mañana – no se esperaba a nadie: la viejecita que les hacía la compra no tenía que volver, hacía tiempo que no se esperaba a ningún cliente... A pesar de todo, Catalina, tiró el mandil sobre la mesa y fue a abrir la puerta sin prisa.

Era una forastera – las forasteras se reconocen en seguida – bajita, delgadita, con un gran sombrero con plumas que llenaba el descansillo y una bolsa amarilla como una calabaza colgada del brazo.

—¿El doctor Càrmine?

—Para servila, ¡sí señora! Pase usted. ¿Dolor de muelas? ¡Pobrecita! Le llamo en seguida. Pase usted.

Y Catalina, ruborizándose por el placer, se puso a un lado, abrió la puerta de la “consulta” y las ventanas de par en par. Fue corriendo a llamar a su hermano que ya lo había oído todo y se había puesto la bata.

—Es una señorita. Completamente sola. Forastera, seguro. No la hagas esperar.

Estaba tan radiante, pobre Catalina. Acababa de empezar a extender la masa cuando oyó la voz de su hermano.

—¡Catalina! ¡Catalina!

Fue corriendo, con el mandil desde la cocina, mientras se secaba las manos embadurnadas. En la “consulta” la señorita, más abandonada que sentada en el sillón bajo, jadeaba; Demetrio, a distancia, la miraba con aire atontado, y continuaba a llamarla:

—¡Catalina...!

—¿Le has quitado un diente sano? —preguntó consternada Catalina con un gesto rápido.

—Ni siquiera he visto de qué se trata... —le explicó su hermano acercando los hombros a las orejas.

Catalina, un poco más calmada, se acercó a la paciente, le quitó el sombrero que tenía que molestarle tan grande como era.

—No se alarme... Es cosa de poco. ¡Demetrio tiene la mano tan ligera! ¿Quiere antes tomar algo? ¿Un poco de café, por ejemplo...? ¿Un dedito de moscatel...? — le preguntaba mirándola con una cierta inquietud desde los tirabuzones falsos — ella creía que eran naturales — hasta la punta de los zapatos.

—No, gracias...—murmuró finalmente la señorita recuperándose. —Había venido a buscar a un destista. No sabía... Me he equivocado de puerta... —explicó, echando una ojeada de reproche a Demetrio que se puso rojo como la cresta de un gallo. —Perdóneme, señora... —añadió con un profundo suspiro levantándose.

—Pero ¿por qué? ¡Pero si mi hermano es dentista! ¡Es el único médico que tiene una “consulta” en el pueblo...! —y la pobre Catalina miraba a su alrededor para ver si la caja del instrumental estaba a la vista, en la mesa de cristal, si la silla — esa silla tan bonita que todos habían venido para ver cómo bajaba y subía — no dejaba claro que se trataba de la “consulta” de un dentista. Y pensaba que tenían que tener de verdad mala suerte si un cliente, que venía después de tanto tiempo, se escapaba de aquella manera. —Es dentista. Cirujano dentista ¿No se fía? ¡Pero si tiene diploma! Mire. Está ahí arriba.

Finalmente la señorita se decidió. Demetrio se acercó para examinar la dentadura, mientras que Catalina, un poco apartada, seguía todos sus movimientos con los ojos, llena de aprensión. Tenía poca práctica, ¡pobrecito! Y esa mañana parecía medio enfurruñado.

Pero Demetrio, después de golpear suavemente en los dientes, uno a uno, con uno de sus instrumentos, levantó la cabeza — estaba todavía rojo — y dijo que la señorita tenía los dientes sanísimos.

—¡Pero si me duelen! —murmuró la paciente.

—Están sanos —repitió Demetrio. —A lo mejor... veamos... se trata de una neuralgia...

Mientras escribía la receta, la señorita empezó a buscar el monedero y lo sacó de la bolsa amarilla. Demetrio se confundió de nuevo, agitó las manos.

—Pero, ¡faltaría más! ¡La próxima vez...! ¡La próxima vez...!

La señorita le dio las gracias, se puso el sombrero con los ojos bajos; apretó con fuerza la mano de Catalina, hizo un pequeño gesto de saludo al doctor.

Cuando salió, Catalina respiró.

—Menos mal que ha ido todo bien... ¿Pero estaban sanos de verdad? —preguntó tímidamente.

—Sanísimos —respondió Demetrio.

—¿Por qué no has querido que pagara la consulta?

—Es una profesora de instituto—explicó Demetrio. —Hablará bien de mí a sus compañeras.

—Entonces has hecho bien —aprobó Catalina, volviendo a la cocina, mientras su hermano la seguía.

—Pero ¿cómo lo sabes?

—¿Qué?

—Que es profesora.

—La he visto... Me lo han dicho... —respondió Demetrio un poco azorado.

—¿Y crees que es una persona honrada?

—¡Por lo menos eso, sí!

—Y, además,... se veía... —dijo Catalina trabajando la masa que se había resecado. —Con tanta vergüenza... Ni siquiera parecía forastera...

—Ya que te parece una persona honrada—añadió tras un largo silencio —¿qué me dirías si le hiciese una visita?

Demetrio aprobó. Era un buen medio también ese de que le conocieran...

—Entonces iré —concluyó Catalina que, por amor a su hermano, se habría encaramado a la cumbre del campanario de la iglesia mayor.

Los tallarines estaban casi listos y Demetrio, como hacía a menudo, ayudó a poner la mesa. Catalina, cuando veía a Demetrio dar vueltas alrededor de la mesa, colocando los vasos y los cubiertos, como cuando era un crío, sentía siempre una gran ternura.

Hermano y hermana llevaban una vida perfectamente solitaria. No tenían personal de servicio en casa. Una viejecita hacía la compra y recogía la cocina. Nada más. Catalina se encargaba de todas las tareas de la casa y los días volaban. Atendía a su hermano con la alegría de una madre que cuida de su niño. Le calentaba la ropa interior cuando tenía que cambiarse; le tenía lista la toalla mientras se lavaba la cara; en la mesa le pelaba la fruta y le cortaba el pan; se devanaba los sesos todas las mañanas para prepararle para comer algún guiso de su gusto, y en la época de habas y guisantes no le faltaba nunca un plato de pasta con la *frittedda*<sup>35</sup> como le gustaba a él. Si por un día se tenía que quedar en la cama, indispueta, se afligía no por ella, sino por Demetrio que se quedaba sin sus cuidados. Tenían muy pocas necesidades y ahorraban todo lo que podían.

— ¡Vamos a disfrutar de la vida! —solía decir Demetrio cuando cerraba las cuentas del año.

Pero no eran buenos ni para gastarse el dinero ni para darse un capricho; y Catalina no conocía otra cosa que su pueblo.

En la época de la cosecha y de la vendimia Demetrio se montaba en la yegua y se iba a Petralunga. Y esa distracción le bastaba para todo el año.

Demetrio Càrmine era una buenísima persona. Tenía pocas amistades; no jugaba; no fumaba. Y, con todo, en el pueblo no lo aguantaban porque había cortejado a todas las chicas y no se había enamorado nunca en serio. Para comenzar con el barrio de Santa Venera – donde la hija de don Mommo Sparagio se había puesto enferma de melancolía por él – hasta el callejón del Per – donde le habían visto pasear bajo las ventanas del padre don Calcedonio, que

---

35 La *frittedda* es un plato típico siciliano que se sirve como guarnición o entremés y está hecho con alcachofas, habas y guisantes.

tenía una sobrina tan guapa como un rayo de sol – las había mirado a todas. Las había mirado, sólo eso, que nunca se le había dado bien decir o escribir unas palabras para declararse.

Tenía casi cuarenta años y todavía se engominaba el pelo y el bigote – un par de bigotes largos, ralos y tiesos que parecían los de un gato. Cada día, él solo, con su sombrero de trapo, el bastoncito en el bolsillo y siempre distraído, caminaba durante un rato arriba y abajo por la calle mayor, haciendo de “don Juan”, como mascullaba don Mommo Sparagio.

Había terminado con no querer ni mirarlas a la cara a las lugareñas que se tomaban las cosas tan a pecho y a las que les hubiera gustado verlo abatido por los remordimientos. Hacia las cuatro se plantaba detrás del pilar del portal del instituto para ver salir a las chicas y a las profesoras; las guapas profesoras jóvenes y sonrientes que saltaban sobre los cantos de las calles con sus zapatos siempre de tacón. Le gustaban todas; hasta las más ancianas. Alguna vez elegía una y la cortejaba sólo a ella durante todo el año académico. A las cuatro estaba allí, como un centinela; balanceaba un pie, hacía girar el bastón, se retorció el bigote, hasta que veía salir a su preferida. Entonces caminaba detrás de ella, muy despacito, como cuando era niño, en Petralunga, y se divertía caminando a gatas detrás de un gorrión, con la certeza de que no podría cogerlo.

Se regocizaba si una se daba la vuelta, el corazón le daba un vuelco si otra le sonreía... Luego volvía a casa satisfecho, bendiciendo a las mujeres del continente que no se ponían anémicas si uno se divertía cortejándolas un poco.

¡No había peligro de que él perdiera la cabeza! ¡Estaba bien surtido de buen sentido contra el amor y los sentimentalismos! Y, sobre todo, ¡era muy discreto!

Catalina no sabía nada. Ella no salía más que para ir a misa de cinco y tenía pocas amigas. Una vez le dijeron:

—Don Demetrio Càrmine tendría que ser más serio.

—¡¡¿Él?!! —exclamó Catalina riendo de corazón. —Pero si lleva una vida monacal... Se levanta con el sol y se va a acostar con las gallinas.

Era verdad. Pero se había ganado una mala reputación.

Sin embargo, a esa edad, no tenía la cadena de una relación y en la conciencia no le podía pesar el remordimiento de haber halagado a una chica decente... Su debilidad era inocente. Tenía que mirar a las mujeres... Sólo cuando podía y cuando sabía que no hacía daño a nadie, como le sucedía con Filomena, la vendedora de huevos, o con la mujer del capataz de Petralunga, no se limitaba a mirarlas solamente.

En verano las profesoras se iban. Las veía irse de una en una, de dos en dos. Lo conocían; se despedía de las más pícaras, sonreía a su preferida, allí, junto a la diligencia.

Luego esperaba a que llegasen las nuevas; raramente volvían las mismas. Cuando, en octubre, la diligencia traía una bata clara, un velo ondulante, una carita que curioseaba tras la ventanilla, Demetrio se decía: —¡Llegan las profesoras! —casi con la misma alegría que sentía en marzo cuando veía pasar a las primeras golondrinas.

Eran todas inquietas, coquetas, despreocupadas. Una sola, un año, pequeñina, delgadita, todo plumas y tacones, le pareció demasiado seria. Se la comía con los ojos, manteniéndose a distancia, prudentemente. Ella pasaba dando saltos, con los ojos bajos. Alguna vez se daba más prisa, mientras le miraba con malos ojos – tenía los ojos celestes y la nariz respingona – para mostrarle que le estaba molestando. A Demetrio le encantaba.

Pero cuando una mañana se la encontró en casa, descompuesta – seguro que por la emoción y la sorpresa –, Demetrio sintió que se le abría la tierra bajo los pies.

Le hacían pasar por un corazón de piedra, por un mujeriego, pero con las mujeres, de tú a tú, estaba incómodo. Había llamado a su hermana. Pero le tocaba a él... Y tener que acercarse a la forastera, sujetarle entre las manos la barbilla y la frente, justo debajo del pelo negro, ondulado, perfumado, había sido un lento e insoportable suplicio. Le habría sacado todos los dientes a uno de esos pueblerinos que venían para las ferias y le ensuciaban la alfombra de Esmirna, antes que acercar su instrumental a esa boca tan fresca. Y se había sentido aliviado cuando, al observar los dientes blancos, brillantes

e intactos, había podido decir que todo su instrumental, en el caso de la señorita, era perfectamente inútil.

Sin embargo, Catalina, mientras servía los tallarines, seguía con dudas de que Demetrio se hubiera equivocado. Y repitió:

—¿Pero estaban de verdad sanos?

Comieron en silencio. Catalina, mientras quitaba la mesa, exclamó de repente:

—Pero ¡es tan graciosa!

—¿Quién?

—La señorita.

—¡No está mal! —respondió Demetrio con el aire más indiferente que podía, dirigiéndose al patio con las migas para las gallinas.

Sin embargo, él la sentía toda entera delante de él, muy viva.

Algún día después, Catalina, un poco a su pesar, se decidió a vestirse para la “visita”.

Ella no salía nunca; en su vida no había visitado más que a los parientes. Se decidía por amor a su hermano que se quejaba siempre porque no tenía clientes. Esa bendita “consulta” como se estila en Palermo, la única en el pueblo, le había costado un ojo de la cara y ¡no venía ni un perro! Demetrio decía que él no quería ganar tesoros; pero, por lo menos, quería recuperar el dinero – todavía lo lloraba – que se había gastado diez años antes. Pero ¡qué dinero! Si venía alguien con dolor de muelas, no dejaba que le pagaran y ¡perdía incluso con el fenol!

La forastera estaba alojada en casa de las hermanas Papanìa, las modistas. Vivía en una habitación que daba al huerto. Catalina se sentía incómoda; se arrepentía de haber ido.

—Usted, cuando quiera, venga a vernos, nos honra con su visita... venga a vernos... —repetía, no sabiendo qué decir.

—No. Gracias —respondió finalmente la forastera con un suspiro. —Yo no puedo... Si estuviese sólo usted —explicó. —Pero usted se olvida que tiene un hermano en casa...

—¿Tiene miedo de Demetrio? ¡No se la va a comer! Y, además, ¡no es necesario que lo vea!

—Yo... no lo veré... Pero, y ¿la gente?...¿Qué dirá la gente...?

—Sí, la gente quiere hablar mal... Pero de nosotros del pueblo... De ellos...

—¡Ah! ¡Ah! ¡De ellos! ¡Nosotros somos de otra pasta, nosotros! —exclamó la profesora levantando un poco la voz. —¿¡Es que acaso nosotros no tenemos decoro?!

—¡Pues claro que sí! ¡Por Dios, por Dios! ¡No he querido decir eso! Usted no ha entendido, pobre de mí... —farfulló Catalina.

Casi lloró intentando explicarle lo que pensaba a la forastera que estaba callada y resentida. Luego, queriendo cambiar de discurso, recurrió a su tema favorito. Habló de Demetrio que era un pobre chico desafortunado, bueno como el pan, pero sin suerte, que se había gastado miles de liras para convertirse en un dentista como se estila en Palermo, y que todavía no tenía clientela.

—¿Tienen todos los dientes sanos aquí? —preguntó irónicamente la forastera.

—No, señora. Van al barbero. A los señores se los quita el médico. Y se hace de rogar, ¿sabe usted? Ha sido un desliz querer hacer algo nuevo. Menos mal que nosotros no vivimos de su profesión...

—Sí, lo se, me lo han dicho, que ustedes...

— Bueno, nos las arreglamos. Tenemos aceite, pan, vino,.. Cuando uno tiene todas estas cosas, lo tiene todo.

—Pero ¿por qué, —exclamó la forastera que parecía muy interesada —por qué su hermano no abre su consulta en Palermo o en Messina? Vamos, en una ciudad.

—¡Madre mía! ¿Pero que está diciendo? Nosotros hemos nacido aquí, tenemos aquí a nuestros parientes, a nuestros pobres muertos, la casa, las costumbres... Con una galopada se llega a Petralunga, que es un paraíso... Nosotros nos moriríamos de pena si salieramos de nuestro caparazón...

La forastera habló de otra cosa. Hizo que Catalina se entusiasmara al enseñarle una máquina de coser, bordados empezados, calceta, un vestido hilvanado. Lo hacía todo ella sola en los ratos perdidos, los días de vacaciones. Su vida era esa: trabajo en casa, trabajo en la escuela.

Catalina la miraba como embelesada.

—Tengo esta costumbre—continuaba la forastera. —Somos seis hermanas. Nos llamaban las “novicias”. A mí me encanta la vida de familia. Tantas veces me entran ganas de llorar, así sola... en esta habitación... Tener que dar vueltas por aquí y por allá, siempre extraña a todos... siempre mal juzgada... Tener que tener encerrados en el corazón los sentimientos más bellos... ¡Y luego...! ¡Pero mejor hablemos de otra cosa!

—Oiga! —exclamó Catalina levantándose y cogiéndole las manos. —Venga a casa. La gente no la verá. Entre por la puerta del patio. Está tan sola, ¡pobre criatura! ¡Seremos amigas!

Se conmovieron, se abrazaron. La incomodidad de Catalina había desaparecido.

—¿Cuál es su nombre?

—Catalina. ¿Y usted?

—Claretta.

¡Claretta! Se habrían llamado por el nombre. Era tan largo decir “señorita”.

Catalina bajó las escaleras con los ojos ofuscados, por la calle se tropezó dos veces. Cuando abrió la puerta de casa tenía la cara roja, los ojos brillantes; el chal se le había resbalado sobre los hombros.

Demetrio llevaba esperando un rato.

—¡Oh, Demetrio! ¡Si también tú la pudieras conocer! No parece una forastera. Tiene las mismas costumbres que nosotros. Ella misma hace punto, borda, ¡se cose hasta los vestidos! Y yo que soy sólo una ignorante, pero que nunca encuentro tiempo... No te puedes hacer una idea, Demetrio...

Y, allí mismo, sin ni siquiera quitarse el chal, le contó precipitadamente todo lo que había visto, le refirió toda la conversación palabra a palabra, le dijo que la forastera se llamaba Claretta y que tenía cinco hermanas en Pisa y que había estado tres años enseñando en Piazza Armerina, y que sentía un gran amor por la casa... hasta que Demetrio la interrumpió recordándole que era la hora de la cena.

Claretta se convenció para ir a casa Càrmine, con el pacto de que no la viera el “señor doctor”. Y esto fue un suplicio para Catalina

que sufría sabiendo que Demetrio estaba solo en la otra habitación. Luego vino un día, por la puerta del patio, más tarde dejó que Demetrio se uniera a la conversación. Se sentaban los tres juntos y hablaban en sintonía. A menudo, en lo mejor de la conversación, Claretta se interrumpía, ruborizándose, si por casualidad su mirada se encontraba con la de Demetrio.

Entonces, Demetrio se retorció el bigote, un poco turbado y un poco satisfecho.

—¡Parece una niña en algunos momentos! —repetía Catalina tras acompañar a la amiga.

—Sí —decía su hermano.

Se habían acostumbrado a verla todos los días. Si a las cuatro y cuarto no llegaba, Catalina se ponía el chal y corría a casa de las Papania para ir a buscar. Más tarde, antes de que se encendieran las farolas, los dos hermanos la acompañaban a casa, pegados los tres a la pared y hablando en voz baja para que no les reconocieran los vecinos que podían hablar mal.

Claretta parecía que se había convertido en una pariente.

Un domingo se cerraron en la cocina para hacer un flan toscano; Claretta dosificó, machacó, fingió ayudar a Catalina ocupada en trabajar una masa dura como una piedra, mientras que Demetrio la atendía y reía como un chiquillo dándole vueltas alrededor. Malgastaron una bolsa de sémola de trigo duro Maiorca, diez huevos, un tarro de azúcar, la cocina se puso patas arriba; y, finalmente, Catalina sacó del horno un emplasto quemado y duro que sabía amargo. Sin embargo, tanto el hermano como la hermana se deshicieron en elogios.

Todo lo que hacía Claretta estaba siempre bien hecho.

Claretta siempre tenía nuevos consejos que dar, modificaciones que proponer. Peinó a la moda a Catalina quien, al mirarse al espejo, le faltó poco para ponerse a llorar de vergüenza. Propuso que se renovaran las cortinas del comedor. Hizo que llevaran al desván un portafolios de terciopelo bordado que tanto le gustaba a Demetrio desde hacía años. Quiso cambiar la disposición de los muebles en el salón.

Nunca se le podía decir que no.

En pocos meses tanto el hermano como la hermana habían alterado sus costumbres, sin darse cuenta. No sabían ya resolver nada y en todo momento decían:

—Esperemos a Claretta. Veamos qué dice Claretta.

También Demetrio, cuando Claretta no estaba presente, la llamaba por su nombre.

Él ya no iba a ver a las profesoras a la salida. No tenía ojos más que para ella sola, que pasaba las tardes en su casa y vagaba por las habitaciones, en el patio, en la terraza, del brazo de Catalina.

Al despedirse, las dos amigas se besaban como se hacía en el pueblo. Entonces, Demetrio miraba fijamente a Claretta con unos ojos que parecía que se le iban a salir, dominado por unas ganas locas de abrazarla y besuquearla él también, tan pequeña, tan blanca y perfumada...

Una tarde se encontró en la terraza solo con Claretta; Catalina había ido al patio a coger una sandía que había puesto a enfriar en el pozo para merendar los tres.

Claretta dijo, mientras cerraba el abanico:

— El verano se acerca... Y la escuela está terminando.

Demetrio sintió que el corazón le daba un vuelco en el pecho. En eso él no había pensado. Balbuceó:

—Y usted... se irá...

—¿Quiere que me quede aquí? —respondió Claretta con una voz un poco irónica.

Luego se calló, con la barbilla en la mano.

El cedrón olía fuerte. El cielo estaba todo lleno de pinceladas rosas y naranjas en las montañas violáceas. Demetrio sentía una gran pena, una consternación, como le había sucedido alguna vez de joven, cuando los primeros deseos le habían crecido en la sangre. Se puso rojo y murmuró, sin saber él mismo lo que decía:

—¿Y qué haremos? ¿Qué haré yo cuando esté solo de nuevo?

—¿Usted?!

—Sí, yo. ¡Claretta! ¡Soy tan infeliz!

Claretta suspiró, mirando hacia lo lejos.

—No piensa que nosotros, que yo... nos estamos rejuveneciendo a su lado, que la casa nos parecerá vacía.

Claretta lo miró por primera vez a los ojos. Y su mirada estaba tan velada de dulzura y de amor que Demetrio tuvo la sensación de estar elevado en el aire y que ya no podía respirar.

Le agarró de las manos y, con voz rota, le dijo las dos palabras que la hija de don Mommo Sparagio había esperado en vano.

—¿Y bien? ¿Por qué no respondes? ¿No te gusta?... —preguntó Demetrio al ver que su hermana se ponía pálida.

—Lo que haces tú siempre está bien...—respondió finalmente Catalina que, por primera vez, había tardado en aceptar una decisión de su hermano. Estaba desconcertada. Nunca había pensado que Demetrio se habría querido casar un día u otro. Y, además, con una forastera...

De cualquiera de las maneras, en cuanto se repuso del primer desconcierto, buscó todo lo bueno que podía haber en tal extravagancia.

Poco a poco se resignó completamente.

Cuando vino Claretta, como siempre, Catalina le dijo:

—¡Estoy tan contenta! Me parece que he encontrado a una hermana...

Se necesitaba una palabra de consentimiento por su parte...

Claretta sonrió. Se quitó el sombrero y se puso a charlar con Demetrio, junto a la ventana.

Catalina se sentó aparte. Mientras estaba callada – mientras los enamorados hablaban y luego Demetrio escribía a su futura suegra una carta que Claretta le había dictado palabra por palabra – Catalina sentía muchas ganas de llorar.

Sentía, de manera confusa, que ya su presencia allí era perfectamente inútil como sus palabras de consentimiento.

Era inútil. Pero no se negó a ir ella a darle la noticia a los parientes, se tragó las malas palabras con que la acogían y defendió a Claretta de todas las maneras posibles.

—¡Vieja loca! ¡Tonta! —gritaba el tío Paolino. —¡Te lo he dicho yo que ese payaso tenía que terminar así! ¡Enredado en unas faldas!

—¡Pero tío! —protestaba Catalina. —¡No se va a casar con una criada! ¡Es una chica decente! ¡Virtuosa! ¡Honrada!

—¿Y tú qué sabes de su pasado?

—Pero tío, si se ve. No ha dejado que Demetrio le tocara ni la punta de los dedos.

—¡Comedias!

Y la tía gritaba:

—¡Tonta! ¡Y vienes a contárnoslo con esa cara sonriente! ¿No lo sabes que te va a deshacer de tí como de un trapo viejo?

—¡Usted todavía no conoce a Demetrio! ¡Todavía no conoce como es el corazón de Claretta! —repetía Catalina con un nudo en la garganta.

—¡Déjales que se casen! ¡Déjales que se casen! —mascullaba la tía Carmela suavizando la voz. —Y yo digo, pero ¿es que no había chicas de buena familia? ¡No! Tenía que ser una extranjera la que él quería! Una que, me lo apuesto, no tendrá ni siquiera un par de camisas en la maleta!

—...No es como esas que vienen de fuera...

—¿Y tú que sabes? ¿Es que tú sabes por qué tierras ha pisado antes de venir a pegarse a tu casa como una sartén?

Catalina, de tanto escuchar la misma cantilena, empezó a dudar también ella. ¡El pasado!

¡Cómo saber cosas tan delicadas!

—¿Dónde había estado justo antes de venir aquí? —preguntaba la tía Carmela que era una de esas mujeres que deberían llevar los pantalones.

—En Piazza Armerina.

—¿Por aquí? Entonces, ¡conoce nuestras costumbres, tu tesoro! Hay que escribir al alcalde.

—¡Madre mía! ¡Me quiere perjudicar!

—Tú no tienes que ver con esto, pasmarote. Escribo yo.

Doña Carmela Càrmine escribió. Le contestaron que la señorita

Clara Girardi era una persona muy digna, pero que había dejado una desagradable impresión en Piazza Armerina porque, a pesar de estar comprometida con un “señor del lugar”, se citaba en un patio con el secretario del ayuntamiento.

Catalina, escandalizada, le enseñó la carta a Demetrio que se puso verde y paseó dos o tres horas por el comedor, como un loco, rumiando rupturas violentas.

Catalina intentó calmarle. Ahora sentía piedad por Claretta, por Claretta ausente, a oscuras... ¿Y si era una calumnia? ¿Si la tía Carmela hubiera cometido una bajeza? Había que escuchar la otra versión.

Ese mismo día – era la fiesta de San Antonio y la iban a celebrar comiendo las últimas cerezas de la temporada – Demetrio preguntó a Claretta sobre Piazza Armerina y sobre la vida que llevaba allí, sobre las personas que había conocido. Claretta le respondió con su tono seguro que no admitía réplica:

—¡...Qué quieres que hiciera, pobre de mí! Casa y escuela. Escuela y casa.

Catalina respiró. Con esos ojos, con esa voz, no se podía mentir. Le hizo una señal a su hermano de que era suficiente. Pero Demetrio quería llegar al fondo del asunto, como hombre de carácter que era. Y le enseñó la carta del alcalde.

Claretta se puso de pie.

—¡Calumnias! —gritó. —¡Bajas calumnias! ¡Y tú te las has creído? ¿Y tú te has atrevido a pedir informaciones, como se hace con una criada? ¡Es horrible!

—Él no tiene que ver —intervino Catalina, con voz triste. — Perdóname.

—¿Tú? ¡Muy bien! Te había juzgado... Oh, yo me voy. Yo no me puedo quedar aquí... ¡Pero antes quiero que lo sepáis todo!

Y, de pie, acongojada, repitiendo a cada palabra que Catalina le había roto el corazón, les contó una larga y enmarañada historia de enemistades y de persecuciones.

Demetrio le besó las manos. Le pidió perdón por su hermana que lloraba hipando.

Claretta quería irse. Pero se sentó, como extenuada y, entornando los ojos, dejó que Demetrio le acariciara el rostro dulcemente. Luego se calmó. Fue tan generosa que le dio la mano a Catalina.

—Por amor hacia ti —dijo mirando a Demetrio lánguidamente.  
—Y porque es una tonta, una pobre chica...

Las vacaciones se hacían interminables para Demetrio que cada día se desahogaba escribiendo una carta de seis páginas. Había adelgazado por las ganas de volver a ver a su novia.

En el mes de agosto se atrevió a proponer un viaje a Pisa.

—Hace tantos años que hablamos de hacer un viaje...

Catalina no se decidía. La sola idea de dejar la casa, de cambiar costumbres – para irse además lejos, a la casa de Claretta que después de lo que había pasado con la carta se había comportado con una gran frialdad – la consternaba.

Esperaba que tampoco se fuera él. Pero Demetrio se fue.

Durante la ausencia de su hermano – quince días – Catalina mantuvo las ventanas cerradas, como cuando se está de luto, y ni siquiera se preparó un plato caliente. Nunca la había dejado sola, salvo cuando estudiaba en Palermo.

Cuando volvió, pareció que algo se había interpuesto entre los dos corazones. Catalina sentía que su hermano le iba a dar una mala noticia. Y esperaba. Y, cada vez que hablaba, temblaba sin saber por qué.

Una noche, a la hora de cenar, Demetrio le dijo finalmente, con voz baja:

—Claretta no quiere dejar su profesión. Puede conseguir, en algunos años, quedarse fija en un sitio. Pero los pueblos no le gustan... Es bonita Pisa... —añadió con un movimiento del cuello como si se estuviera tragando un hueso.

Catalina le miró, ansiosa.

—Querría.. Propone... poner la “consulta” allí. Dice que tendría éxito...

Catalina sintió que tenía un nudo en la garganta. Doblaba y volvía a doblar la servilleta sin responder.

Ninguno de los dos pudo continuar con la cena. No se dijeron nada. De todas maneras, las palabras eran inútiles. Cada uno sabía lo que pensaba el otro.

Catalina se habría dejado cortar las venas antes que contrariar a su hermano. Pero cuando oyó que le repetían que había que decidir en serio si había que poner la “consulta” en Pisa o en Florencia, se rebeló.

—Y bien —dijo Demetrio. —¿Es posible que a mi edad tenga que dar cuentas de mis acciones? Yo no me llevo un céntimo de lo que te pertenece. Yo dispongo de mis bienes.

Hablaba con el tono de voz de Claretta. Luego salió, cerrando la puerta con rabia.

Catalina se acurrucó en un rincón, retorciéndose las manos, sin llorar.

Era la primera vez que se peleaban.

¿Precisamente él, Demetrio, hablaba de esa manera? ¡Los bienes...!

No quería ir a su boda. Ya no eran hermanos. Ya no había nada entre ellos. Quería decirle: —Coge tus bienes y vete, ya que es una cuestión bienes...

Pero en seguida se afligió por lo que había pensado. No era posible estar así, él en una habitación, ella en otra, como dos enemigos. ¿Es que acaso eran ellos dueños del tiempo?

Se levantó y abrió la puerta. Demetrio estaba en el vestíbulo. Venía a hacer las paces.

—¡A veces tú te empeñas en no querer entender! —exclamó para justificarse. —Yo estoy seguro de que voy a tener éxito. Aquí se vegeta, no se vive. Claretta me contaba...

Al oír ese nombre, repetido siempre, plantado entre ellos dos, como un obstáculo, Catalina se puso otra vez a llorar. Sollozó desconsolada, con el mandil en la cara, mientras que una trenza gris se le deshacía poco a poco sobre el cuello.

—Pero ¿por qué lloras? —exclamó Demetrio con impaciencia. —¿Cómo es que siempre tienes las lágrimas listas?

Eran también estas palabras de la novia. Catalina se secó la cara. Sentía que le quemaba el corazón con un sordo rencor contra la extraña que le había robado, poco a poco, a ese hermano que antes era un buen chico contento.

¡Si, por lo menos, le quisiera de verdad! ¡Si, por lo menos, la tuviera en consideración! Entonces Catalina no se seguiría atormentando. Pero no. Claretta no quería ni saber de las costumbres de Demetrio.

—¡Oye! —le decía Catalina humildemente. —Demetrio está acostumbrado a llevar camisas de franela. Le he hecho doce.

—Se las pondrá si las necesita. No es un niño.

En otro momento le proponía:

—¿Quieres aprender a hacer la *frittedda* antes de irte? Le gusta tanto, Claretta. Así se la podrás preparar en verano.

Claretta se reía hasta llorar. Y Catalina, que no entendía por qué se reía, se mortificaba.

Otra vez le decía:

—A Demetrio le encanta tomar café después de comer. El té no le gusta.

—No es verdad —respondía Claretta con seriedad. —El té le gusta más que el café. Y, además, el matrimonio cambia al hombre ra-di-cal-men-te. Tú no lo reconocerás dentro de unos años.

Sí, esto Catalina lo sabía: no habría reconocido a su pequeño Demetrio.

Cuando se encontraba sola los lagrimones le caían por las mejillas marchitas aunque sabía que las lágrimas no daban suerte en las bodas. Cuando los novios charlaban en la terraza, los observaba con inquietud. Claretta no era tan guapa como le había parecido cuando se conocieron: tenía los colmillos un poco saltones y, cuando se enfadaba, el daban una expresión maligna al rostro; el pelo lo rizaba con las tenacillas y los tirabuzones en la nuca eran de mentira. Pero, sobre todo, le preocupaban las manos. Cuando se cosen trajes, se hace punto y cuando se prepara la comida no se puede tener el índice tan fino ni las uñas de punta, brillantes como el nácar.

La espera empezó a cansarla. Si los buenos tiempos (de cuando estaban solos los dos, en paz) no iban a volver nunca, entonces mejor que terminara todo de una vez...

Y ahí estaba, finalmente llegaba a su fin. Demetrio se marchaba. Catalina lo acompañaba sólo hasta el portal porque no se sentía con el valor de ver cómo entraba en la diligencia.

—Volverás a ver a Claretta en Petralunga. Pasaremos allí una semana —le decía por las escaleras.

Estaba pálido, excitado, vestido de domingo. Se había cortado el bigote y parecía más feo.

—También vendrán la suegra, las cuñadas... Te vas a distraer. No sé por qué no has querido venir a la boda...

—Vete contento. No pienses en mí, Demetrio. Escíbeme...

Se hacían estas recomendaciones como si fueran importantes.

Tenían casi prisa por dejarse, por terminar. Catalina abría los ojos y hacía una mueca que quería ser una sonrisa porque tenía miedo de ponerse a llorar y no quería dejar esa impresión a Demetrio que se iba a casar.

—Adiós. Buena suerte. ¡Que el Señor te bendiga! —repitió con la voz ronca. Lo vio girar a la esquina de la calle. Todavía se hicieron un gesto con la mano.

Se habían dejado. ¡Qué tonta! ¿Y si se habían dejado para siempre?

Subió por las escaleras, olvidándose de cerrar el portal. Entró en la casa vacía. Lloró, de golpe, como si los sollozos le subieran desde las raíces del alma.

A través de un velo de lágrimas miraba fija y obstinadamente un par de zapatos nuevos olvidados en un rincón: pensaba que le podían servir a Demetrio.

La viejecita de la compra, que se encontró con la puerta abierta y el ama tirada en la cama, todavía vestida, llamó a una vecina para que la ayudara un poco. Luego se fue a advertir a doña Carmela.

Al día siguiente llegó un telegrama de Pisa. Luego una bonita postal, con las firmas de Claretta y de Demetrio. Pero Catalina tenía fiebre y no se daba cuenta de nada.

La tía Carmela metió el telegrama y la postal en un cajón, sin preocuparse de darle las noticias de la enferma a “ese don Quijote”.

De todas formas, lo novios no se dieron cuenta de que Catalina no respondía.



**IX**  
**Rosas rojas**  
*(Ragazze siciliane)*

—¿Una fiesta grande, eh, doña Bobó?

—Como Dios manda, doña Mara.

—¿Han llegado ya todos los parientes del novio?

—Han llegado todos de Palermo, cargados de regalos. Su padre, su madre, su hermana...

—¿Cómo estará doña Ángela...!

Doña Bobò se quedó muda, como si doña Ángela en persona se hubiera presentado al decir su nombre. Estaba algo maravillada de que todavía su cuñada no hubiese interrumpido, como siempre, la conversación con la vecina. Volvió dentro y cerró la ventana muy despacito para no hacer ruido. Al darse la vuelta, la luz de plata del espejo grande la embistió por completo. Entonces se miró, tímidamente. Sintió una especie de piedad por sí misma, como si antes no se hubiera mirado nunca y pensó, sin amargura, que, a esas alturas, su cuñada realmente no tenía ningún motivo para vigilarla.

Se vio los hombros encorvados, la cara llena de arrugas como una pequeña manzana olvidada, el pecho más liso que una mesa, un poco hundido.

Se apartó del espejo casi con prisa y se puso de nuevo a pasar el polvo por los muebles del salón, pasando el trapo entre los complicados follajes de los respaldos, con disciplinada meticulosidad, maquinalmente. Las pequeñas manos oscuras se daban prisa, pero sus pensamientos iban por su cuenta. Veía, a lo lejos, confundido, un gran claror verde.

Siempre así se le presentaban en la mente los pocos y desligados recuerdos de los lugares que no había vuelto a ver: la pérgola de Licata, con la uva madura, su madre vestida de negro, ella que bordaba

ramos de rosas rojas, con los tallos rígidos como cirios, en una colcha amarillo pastel. La colcha interminable, era para su ajuar.

Concetto venía a ver a su madre. Se sentaba también él bajo la pérgola y aceptaba el café con los bizcochos de soletilla hechos en casa. Charlaba sin parar. Pero si, por casualidad, su madre se alejaba, un momentito, él ya no hablaba y ella se ponía roja como las rosas rojas y bajaba los ojos, un poco contenta, un poco asustada, al quedarse sola...

Y, luego, cuando murió su madre y se cerró la casa de Licata, se había ido a la casa de su hermano.

Un pueblo nuevo, gente nueva.

Cuando terminó el luto, tras un año de clausura, entre gente que no conocía, entre parientes a los que no quería, había vuelto a ver a Concetto. La primera vez fue por la mañana (tenía nítido el recuerdo) y estaba en misa. Lo había distinguido, al levantar los ojos del libro, apoyado a un pilar, con el sombrero en la mano, en un rayo de sol lleno de polvo de oro y plata.

Luego su cuñada no la volvió a llevar a misa de once. No la volvió a llevar de paseo por la calle de la Niviera, donde él la seguía lentamente, a distancia.

—Bobò, te ocuparás de las mujeres que lavan en el patio.

—Tiene que venir el campesino: que lo espere Bobò.

La siguieron llamando Bobò. El tiempo pasaba y seguía con el sobrenombre que le habían puesto en Licata, como una breve y tibia caricia. Michelina, la sobrina, la llamaba tía Bobò; pero cuando creció, la llamó solamente tía. Y Ángela, cuando la tenía que llamar, decía: “mi cuñada” o, si hablaba con una criada, decía “la señorita” o “tu hermana”, si hablaba con su marido.

Una vez Ángela dijo: —¡Es ridículo seguir llamándote Bobò!

Sin embargo, nadie podía llamarla Liboria. La costumbre. Con el tiempo ella se avergonzó de llamarse Bobò. Pero ya el sobrenombre se había pegado a su persona, como la fresca juventud que no quería morir. Sí, tenía el pelo muy suave y largo, el pecho abundante, aunque lo sofocara (por pudor), en corpiños oscuros y rígidamente abotonados.

Concetto había venido para quedarse en el pueblo en el que ella vivía. Era farmacéutico. Le pidió la mano a su hermano, pero este le dijo que no sin preguntarle.

Ella se enteró después. Se lo dijo una criada a la que habían despedido.

—Señorita, ¡abra los ojos! ¡Usted dormirá siempre sola y su dote la disfrutará doña Michelina!

Pero ¿qué hacer? Diría: ¿Me quiero casar?

Una ráfaga de sangre le subía hasta la frente ante el pensamiento audaz e impúdico. ¿Cómo decírselo a su cuñada, a su hermano?

Pero no dijo nada. Y Concetto pasó todas las noches por el callejón y Ángela cerró las ventanas del callejón; Concetto fue a misa de ocho y paseó por la calle de San Estéfano y Ángela fue a misa de cinco y no volvió a dejar que su cuñada saliera. Concetto le escribió tres veces y Ángela se apropió de las tres tarjetas, llenas de humildes y ardientes palabras y las destrozó. Se trató de una lucha sorda, encarnizada entre Ángela y Concetto.

Una noche el hermano, después de escuchar a la mujer que ya no podía seguir vigilándola, se puso furioso con Bobò: le dijo que las mujeres se parecen todas y que basta que vean a un hombre (¡un vicioso muerto de hambre cualquiera!) para perder el recato. Creyendo que le hacía bien, pronunció palabras brutales. Bobò escuchó sin decir nada, con un nudo en la garganta: tenía la sensación de que la habían desnudado delante de todos, delante del hermano que la despreciaba, ante Michelina que sonreía...

De esta manera la tarea de Ángela fue más fácil. Bobò no volvió atreverse a asomarse a la ventana, no se atrevió a volver a salir. Esperaba, esperaba siempre, un prodigio del amor, como sucede en las novelas y en los cuentos de hadas.

Le dijo al farmacéutico que Bobò no se quería casar, que Bobò quería ser *monaca di casa*<sup>36</sup>. Y el tiempo pasó muy lentamente y

---

36 Se refiere a las monjas *extra claustro*, a mujeres que han tomado los votos pero que viven en su casa y no en el convento o abadía. En otras ocasiones el término se refería a mujeres que no podían dedicarse a la vida claustral, pero que vivían una experiencia de vida religiosa en su casa.

cambió el color de las cosas, como un velo de polvo deforma un juguete abandonado. El pelo se volvió opaco, el pecho se le cayó, los ojos perdieron el dulce esplendor. También Concetto se volvió gris y pesado. Pero no se casó. No pudo amar a otra mujer como había amado a Bobò.

Ahora Michelina se casaba. Su tía le había regalado el ajuar y la colcha amarillo pastel con las rosas rojas, todavía intensas y frescas como su corazón. También había firmado un papel en el que concedía sus posesiones de Licata a la sobrina. Se lo había dado todo, poco a poco, y ahora se apartaba de su camino para dejarla pasar.

—Por gratitud... —explicaba a la gente.

Por gratitud, claro que sí... Su hermano le había dado una familia; Ángela había sido su hermana mayor, un poco severa, pero con afecto...

Y Bobò se había puesto a un lado para dejar pasar a la novia en la vida.

—¿Qué haces en este bendito salón? Hoy no hay tiempo que perder. Date prisa.

—Aquí estoy —respondió humildemente Bobò despertándose.

Era tarde. Trabajó con empeño hasta la noche. Luego vistió a la novia, como si fuera una muñeca viva. Ángela, por un lado, ella por el otro, la novia de pie, un poco pálida y aturdida.

—Este lazo no me gusta —exclamó Bobò.

—Y eso ¿por qué?

—Tiene razón la tía —dijo Michelina. —Déjala a ella.

La pequeña tenía que estar guapa. El novio venía de Palermo y tenía los ojos llenos de mujeres elegantes. Bobò se entregaba por completo a esos preparativos, con ardor. Al vestir a la novia revelaba unas pretensiones de buen gusto, una especie de gracia coqueta que nunca había tenido.

Luego también ella se preparó. Se peinó el pelo con raya al medio, como siempre. Su pelo seguía siendo denso y largo, todavía poco dócil al peinarlo, pero parecía empolvado con muchos hilos blancos. Sacó del armario el traje nuevo. El traje era de color canela, con ribetes negros, encargado según el gusto de Ángela y tenía el

mismo olor de nuevo, un poco acre, que se respiraba en el almacén de telas. Por eso, para airear la tela, abrió de par en par la ventana. Pero se dio cuenta de los chicos que se habían agrupado fuera del portal y que esperaban a que llegara el novio y cerró.

—¡Date prisa! — decía Ángela. — ¡Hay que ir a coger las bandejas!

—¡Date prisa! Tienen que llevar la lámpara nueva al salón.

Darse prisa. Como siempre. Se vistió de prisa, sin mirarse al espejo y dejó de prisa la habitación. Le dijo a la criada que llevara la lámpara al salón; corrió al comedor para disponer los refrescos; allí las galletas y los dulces finos, las copitas en la bandeja más grande.

Pasó Ángela, vestida de raso, muy ajetreada.

—Cuando termines, ven tú también un momento. Es necesario.

Dijo: “es necesario”, con tono de rabia. No quería que se rumoreara que tenía a la cuñada en un rincón ahora que había obtenido la concesión completa de las tierras de Licata.

Bobò se estremeció. Se angustió. No estaba acostumbrada a ver gente, a estar en el salón... Pero Ángela le ordenaba que fuera, con un tono que no admitía réplicas. Por eso le había comprado un traje para el evento.

Había que obedecer. Como siempre.

Bajó al salón. Le temblaron las piernas como si hubiera sido ella la novia y la esperara el novio. Las luces, el parloteo, la aturdieron, la desconcertaron. Se paró un momento, indecisa, en la puerta, reparada por las cortinas pesadas con flores grandes; luego dio un paso adelante y se dirigió al sofá donde estaba sentada su cuñada, en medio de las invitadas, como una reina en su trono.

Su cuñada la presentó a las parientes del novio que se dignaron a hacerle un ademán con la cabeza.

La hermana del novio la observó curiosamente con el monóculo. Era torpe, insignificante, arrugada y Ángela la miraba con dureza.

Es verdad —pensó— una vieja solterona que tienen en casa.

Bobò se alejó, casi de puntillas. Puso en el centro la lámpara nueva que no quedaba lo suficientemente bien, miró si todo estaba

en su sitio, porque tenía la tenaz costumbre de no quedarse nunca mano sobre mano.

Cerca del piano cerrado, negro y brillante como un ataúd, estaba solo, al margen de todos, un invitado. La miraba.

Ella se estremeció por entero y él se acercó.

Veía, de manera confusa, una melena gris, una sonrisa cansada.

—¡Don Concetto!

—¡Doña Bobò!

Se callaron. No tenían nada que preguntarse.

—¡Cuánto tiempo...!

—¡Cuánto tiempo...!

Bobò tenía un nudo en la garganta. Las lámparas, el susurro, la gente, todo desaparecía, de lejos, bailando. Tenía la impresión de estar sola con don Concetto solo, en un punto inmenso y desierto y que tuvieran que darse la mano. Se miraron mucho tiempo, con una especie de ansiedad.

—¡Cuánto tiempo...!

—¡Cuánto tiempo...!

Una veía al otro envejecido y se dolía, casi, de que los años hubieran pasado sólo sobre su pobre persona, encorvándola, devastándola. Los años... que habían echado a perder todo sin remedio, dejando fresco e intacto su corazón de virgen.

No era la luz pomposa, ostentosa de las lámparas la que le llenaba los ojos, sino más bien la verde claridad de los recuerdos de Licata.

Pero el sereno claror desapareció en seguida, bruscamente, de sus ojos estáticos, a la voz bien conocida, más áspera y baja que de costumbre.

Mientras seguía a su cuñada al comedor, caminaba ligera y aturdida, como la novia.

—¡Eres ridícula! —exclamó la cuñada. —¡Vieja senil! ¿No te da vergüenza? Prepara el rosolí y que lo bajen.

No le dijo: “no vengas tú”. Pero Bobò no fue, como si Ángela se lo hubiera ordenado. Preparó las bandejas y llamó a las criadas para que las llevaran al salón.

—Antes las copitas, luego los dulces...

Se fue a su habitación y se quitó el traje color canela para no tener la tentación de volver. Sentía que no tenía que volver, porque ahora, bajo la mirada irónica de Ángela, ni él ni ella habrían podido volver a revivir los dulces momentos pasados.

Se escondió la cara entre las manos, pero no lloró.

Apesadumbrada, veía, con precisión, su insignificante vida de vieja solterona todavía enamorada.



X  
Camila  
(*Ragazze siciliane*)

—¡Pero, bueno! — exclamó Assumpta, irritada. —¿Tenemos que repetir la misma comedia todas las mañanas?

Entonces Camila, suspirando, empezó a vestirse. Era alta, muy alta y con la bata blanca parecía más alta.

—Ya voy... Ya voy... — repitió.

Claro, no tenía que hacer el “papel de la víctima”, como le decía Assumpta, no tenía que darle satisfacción a Luigino Lanna, que se ponía a la ventana para verlas pasar.

¿Creía que pensaba en él? Para nada. Se empolvó la cara, para que desaparecieran las dos líneas rojas en la nariz, ya que por la mañana, antes de ir al baño, lloraba un ratito.

—¿Estás lista, Camilla? — la llamó Ninetta.

—Sí.

Cogió el hatillo y la cesta y se fue detrás de sus hermanas. Eran seis y llenaban la escalera.

—¡No pongas esa cara! —murmuró la madre. — Ahora se asoma.

Camila suspiró.

Se puso a reír, haciendo como que hablaba animadamente con sus hermanas al pasar por debajo de las ventanas de los Lanna; y pareció más fea, por esa sonrisa forzada que le dejaba los ojos velados de melancolía.

Empezaba el tormento de mostrarse sonriente y despreocupada, mientras que un nudo de llanto la sofocaba.

Y aquí está ya el paseo lleno de sol, y las casetas de baño llenas de gente, donde las chicas, todas las mañanas, no encontraban en seguida el valor para entrar, tan acaloradas y llenas de polvo...

Se mostraba impaciente por bañarse; y, una vez en el vestuario, se entretenía al desnudarse, al ponerse el bañador, para quedarse la última; para quedarse un momento sola. Entonces la cara larga y llena de pecas, los ojos un poco saltones, tenían de nuevo la expresión acostumbrada resignada y melancólica.

Mientras escuchaba el chapoteo del mar, los gritos de los bañantes, los chillidos de los niños que no se querían tirar al agua, pensaba en Luigino Lanna que la había dejado después de tres años de amor y esclavitud. De esclavitud, seguro.

Durante tres años no se había asomado al balcón, no había salido más que por la tarde, alguna vez, al paseo solitario; había perdido la costumbre de caminar por las calles de la ciudad.

—No te pongas el vestido rosa... No te peines así... No hables con fulanita...

Y ella obedecía si replicar, para complacerle.

Todos en casa hablaban con respeto de Luigino Lanna, que era un óptimo partido, convencidos de que Camila se aseguraba el porvenir con poquísimos sacrificios.

Camila no pensaba ni en el porvenir ni en el “partido”.

Quería sinceramente a Luigino Lanna. Nada más.

Y una mañana él le había escrito que no habría vuelto a verla porque la familia no quería.

Camila se olvidaba de que estaba en los vestuarios y las lágrimas le corrían por las mejillas empolvadas.

La sacudía una de sus hermanas que venía a llamarla al pie de la escalera.

—¿No bajas?

Se secaba la cara con la toalla y bajaba sin prisa.

A la toldilla llevaban diez sillas; estaban también las chicas, las cestas, los hatillos. ¡Un colegio! La gente las miraba con compasión. La madre se acurrucaba en la silla y fingía mirar al mar; sin embargo, observaba, inquieta a ver si alguien se interesaba por alguna de sus hijas.

—Camila, dame el abanico... Camila, ¿te gustaría dar un paseo en barca...? Si yo no me mareara...

Quería llamar la atención sobre Camila, la mayor, que se le echaba a perder en casa. Las otras eran más jóvenes y no se habían enamorado nunca en serio.

Teresina, la más pequeña, encontró en seguida a quien se ocupara de ella, pero a la madre no le agradó. Se trataba de dos chicos maleducados que nadaban y salpicaban agua sobre la mesa.

Un día estaban todas asomadas.

—¿Nos llevas, mamá?

—Si no me mareara en la barca...

Una señora conocida bajaba con un joven y un niño.

—¿Quieren venir conmigo?

—¡Encantadas! Pero ¡somos muchas!

—Botticelli, ¿cuántos caben?

—Cinco.

—Muy bien. Tres y dos cinco. Pueden venir dos.

—Vete tú, Camila. Y tú, Assumpta.

Bajaron. También ellas exclamaron: —¡Oh, Dios mío! — sonriendo, como habían oído que exclamaban las otras.

La barca se balanceaba dulcemente, sobre el mar, alejándose de las casetas de baño.

Camila metió una mano en el agua y entornó los ojos. Estaba afligida pero contenta.

—¿Está así bien, señorita?

—¡Como quiera! —exclamó estremeciéndose.

Assumpta la fulminó con una mirada en vez de repetirle:

—¡No te hagas la sentimental ahora, y mira bien quién te está hablando...!

Botticelli estaba sentado junto a ella.

—Nos conocemos. ¿Se acuerda de la velada en casa Valentini?

—Sí, me acuerdo.

—También estaba Luigino Lanna.

Camila se ruborizó. La ráfaga de rubor y la emoción provocada por ese nombre la hicieron atractiva.

Botticelli sonrió. En voz baja siguió hablándole del delicado argumento.

— Con Lanna ya no hay nada—afirmó Camila. —Se ha acabado de verdad. Mi padre no quería esa boda —mintió rápidamente.

La barca volvía a la orilla, muy lentamente.

Botticelli se dio prisa en darle la mano a Camila para que saltase a la escalera. Luego, acompañó a las dos hermanas hasta la toldilla.

La madre interrogó con la mirada a Assumpta que respondió que sí con la mirada.

—¿Todo bien?

—Sí, todo bien.

Y ahora Botticelli empezaba a venir, con una excusa o con otra: un cuaderno de música... Un libro... Y la madre lo acoge como a un pariente: le ofrece café, pizza dulce, rosolí de cedro hecho en casa. Hay que animarle. Lo difícil está ahí: hacer que se declare.

Y empezaron a esperar, un día tras otro.

Hoy se explicará. Hoy dirá: —Señora, si me permite, le confesaré que...

¡Día bendito! Lo pensaban todos; no pensaban en otra cosa. También Botticelli era un buen partido: estudiaba Derecho... Iba a ser abogado...

Camila se dejaba ilusionar; afligida pero contenta, como el día que la barca la llevaba hacia alta mar.

Cuando se acercaba la hora decían: —Vístete, Camila, que viene el otro.

Querían decir: —El otro novio.

¿Novio? Todavía no.

Camila no sabía qué hacer con Botticelli ya que cada vez se comportaba con más familiaridad.

Y, a veces, decidía que no se iba a presentar cuando viniera; pero luego no se atrevía a manifestar su propósito, al encontrarse con las miradas de Assumpta.

Y obedecía sin replicar. La responsabilidad era sólo suya.

—¡No se rechaza la suerte por un capricho! — sentenciaba Ninetta.

Su madre y sus hermanas se alejaban, esperando.

Camila se quedaba sola a charlar con Botticelli en el balcón.

Una tarde la abrazó. Camila se estremeció. Se quiso apartar.

—¡Oye! —dijo él riendo. —¡No te comportes así! ¡Después de haber tenido novio tres años! ¡No eres una niña!

No dijo nada más. Pero la miró a los ojos intentando abrazarla de nuevo, con una expresión tan maliciosa que hacía más daño que un bofetón.

—Esto no — murmuró Camila, abatida. Con pena, pensó que Botticelli la despreciaba como se desprecia el agua que se ha quedado en un vaso.

Con un esfuerzo se alejó, diciéndole al otro, sin mirarle: —No vengas más por mí.

Y diciendo eso sintió un alivio, como si se hubiera liberado de un peso.

Se refugió en la habitación sin cenar.

Assumpta, que vino a buscarla casi en seguida, la encontró asomada.

—¿Se ha declarado? —preguntó tranquilamente.

Camila no respondió.

—¿Entonces? — dijo su hermana. —¿Duermes?

—Déjame en paz —exclamó Camila.

Su madre, siempre impaciente, entró en la habitación, con la excusa de darle las buenas noches a Camila. Pero Camila no se dio la vuelta.

—¡Esta noche se hace la sentimental! —exclamó Assumpta.

—Botticelli me parecía... — comenzó su madre.

—¡Oíd! —dijo Camila bruscamente, dándose la vuelta.

—No quiero volver a oír hablar más de ese Botticelli.

—Pero... mira...

—No — repitió Camila con una voz que no parecía la suya, tan firme y clara. —No quiero volver a oír hablar de él. Cuando venga, no me llaméis.

—Pero no entiendes que tú... que tú... ¡no te casas!

—Y, entonces, no me caso.

—¿Estás pensando en él? ¡Mira que eres tonta!

—No estoy pensando en él. Déjame en paz. Dejadme respirar.

Estaba otra vez abrumada.

Escuchó el paso de su madre que se alejaba con Assumpta y tuvo la sensación, cuando se quedó sola, de que respiraba por primera vez el aire sereno de la noche estiva.

Murmuró para sí misma, entre los labios, con los ojos mirando a las estrellas: —Sí, pienso en ti, solo en ti. Pero mi alma no te la he dado.

Y le pareció, al estar sola, que era libre, fresca y nueva, como las rosas que perfuman la noche estiva.

**XI**  
**Almendras**  
*(Ragazze siciliane)*

Las buenas noticias que había traído Miguel habían consolado a las señoritas Fiorillo que ponían todas sus esperanzas en la cosecha de almendras (ahora que las primeras cosechas podían considerarse un fracaso).

Mariana había decidido ir a Catania a que la viera un oculista: en parte por la edad, en parte por el cansancio, ya casi no veía y las gafas que había comprado en el pueblo, que no estaban hechas a medida, hacía que le dolieran los ojos. La habría acompañado Bettina, la más joven de las tres hermanas. Ángela, como siempre, se había resignado a quedarse en casa, ya que ella, por culpa de las piernas, eternamente hinchadas, tenía miedo de ser más un estorbo que una ayuda.

Ir a la ciudad era, para los demás, un acontecimiento casi natural. Incluso la maestra Facciola, a la que no se la podía considerar rica, ¡ya había ido dos veces! Y la mujer del secretario no faltaba nunca en primavera para que le hicieran vestidos nuevos. Pero las señoritas Fiorillo examinaban siempre con cierto miedo los gastos de viaje. Cuando no se puede, no se debe. Si ellas tres nunca habían hecho un mal papel, si todos las estimaban, si las recibían en las mejores casas, como cuando vivía su padre, se lo debían sólo a la prudencia y al ahorro de Mariana.

Mientras dos mujeres pelaban las almendras, Mariana y Bettina, en combinación y zapatillas, las ayudaban para que lo hicieran más deprisa y no tuvieran que pagar demasiados jornales. En cuanto las almendras estuvieron amontonadas en pilas en el almacén, comenzó un ir y venir de corredores, de compradores. Parecía como si se hubiera corrido la voz: miraban, luego ofrecían un precio irrisorio

al que no merecía la pena ni contestar.

— Volverán — aseguraba Bettina, convencida, mientras Miguel y la criada cerraban la puerta del almacén.

No volvía ninguno. Ya no se volvió a presentar gente nueva. Las Fiorillo corrían el peligro de tenerse que quedar con las almendras en el almacén, como un inútil tesoro. Se presentó Juan, el viejo corredor.

— Ya os lo he dicho — les aconsejó. Sacad lo que podáis: ¡será poco, pero seguro!

— ¿Sacar lo que podamos? — exclamó Mariana — ¿Sacar lo que podamos? ¡Cómo si se tratara de almendras robadas!

— ¡Conformaos! — replicó Juan. Y esta vez miró a Mariana con una expresión que parecía preguntar — ¿Qué esperáis? ¿No veis que esto se ha acabado?

— ¡Pero bueno! — dijo Ángela — Me parece que somos nosotras las dueñas de nuestros bienes.

— Y muy dueñas — repitió Juan dirigiéndose hacia la puerta. — Pero ¿es que no leéis el periódico? ¿No sabéis que estamos en guerra?

Los periódicos, sí, los leían. La guerra, sí, habían leído que, en otros países, lejos, había estallado la guerra, el uno de agosto. Pero qué tenían que ver con eso las almendras, de verdad...

— No nos confundamos — contestó Mariana sabiamente. ¿La guerra la tenemos aquí? Y se fueron a visitar a la mujer del secretario para que las iluminara un poco sobre el tema.

— ¡Vended! — les aconsejó el secretario. — Vended y dadle las gracias a quien compre. ¡Si fuera trigo!

Y, como las Fiorillo le miraban entre sorprendidas e indignadas, anunció solemnemente que Italia estaba a punto de “moverse”. Desovilló lo poco que sabía, lo mucho que había leído en los periódicos, repitiendo continuamente palabras graves, palabras difíciles: “comercio paralizado”, “coalición” “conflagración”...

Se fueron aturdidas, muy abatidas. De toda esa elocuencia (entrado en el argumento, el secretario ya no había sabido cómo salir, como una mosca atrapada en la tela de araña), de todas esas

frases, sólo habían entendido una cosa, las almendras, ese año, no valían nada.

Ángela murmuró, apoyando el sombrero:

— Como se le habrá ocurrido al Kaiser...

Pero se interrumpió, aturdida por sus mismas palabras. Ahora hablaba ella también del emperador como si fuera un conocido...

Tras discutirlo mucho entre las tres, las Fiorillo decidieron desembarazarse de las almendras. Las vendieron.

— Nos han robado — observó Mariana con amargura. — Y este año tenemos que comprar aceite.

— Y pagar el *focatico*<sup>37</sup> — añadió Ángela.

Empezó a llover: llovizna muy fina y continua, de las que te llevan a cerrar las ventanas y te llenan de melancolía la casa.

En los largos silencios (trabajaban las tres en el saloncito, el gato dormía con un ojo abierto y el colorín en la jaula cantaba muy despacito como si se quejara), las Fiorillo pensaban que había empezado el invierno y que la miseria habría llamado a la puerta. ¡Nada que ver con irse a Catania!

Siempre a la misma hora, Bettina leía en voz alta el periódico, de arriba abajo, sin saltarse una columna. Y, después de haber oído el periódico, no se atrevían a lamentarse por las estrecheces domésticas.

— ¡Pero así no vamos a durar nada! — murmuraba Mariana, por la tarde, mientras la oscuridad empezaba a descender como un velo gris.

Bettina comenzó a sentir que sobre ella pesaba una oscura responsabilidad. Quizás era a ella a la que le tocaba ser útil a sus hermanas.

A la criada la habían despedido; ya no se hacían trajes para el invierno; a la mesa se comía sólo sopa... No era suficiente.

---

37 El “focatico” durante la Edad Media era un impuesto que se aplicaba sobre cada vivienda de un grupo familiar. En el Reino de Nápoles se instituyó ya en 1263 y continuó en vigor, con épocas de no aplicación, durante siglos. En el siglo XIX se asociaba al impuesto sobre el ganado.

Una mañana, mientras ordenaba unos cajones, se encontró con un paquete de deberes, atado en cruz. Hojeó casi mecánicamente las páginas algo estropeadas; y fue como si alguien le hubiese hablado con tono sumiso. Y a Bettina, maravillada, le pareció que escuchaba la voz de los recuerdos. Recuerdos de un tiempo no lejano, de cuando estudiaba ella sola, con la guía de una vieja maestra, amiga de casa, mientras todos se burlaban de ella llamándola “sabionda”.

Entonces estaban bien: los padres vivos, Boscogrande todavía no lo habían vendido, tres libretas en la Caja de Ahorros y ningún miedo a la guerra, a las epidemias, a la miseria.

—¿Qué te crees? ¿Que voy a dejar que seas una maestra de tres cuartos? — exclamaba el padre si la veía con un libro en la mano. Y nunca la dejó ir a la ciudad para hacer los exámenes para ser maestra.

Ella quería estudiar por vocación, para no parecerse a las hermanas que apenas sabían garabatear su firma...

¡Ay, papá, si tú hubieras sabido!

Se estremeció. El pelo era todavía negro, ella era todavía joven y fuerte; pensó en Ángela que tenía el pelo gris, en Mariana que tenía el pelo blanco, que no veía y que le temblaban las manos.

Le tocaba a ella.

Que por lo menos su juventud no se secase del todo, inútilmente, como una planta estéril. Habría enseñado a leer y a escribir a los niños; habría enseñado a hacer bonitas costuras a las niñas. A las señoras del pueblo les gustaba mandar a sus hijos a que aprendieran a la casa de personas decentes.

Pero se esfumaron sus propósitos, sus hechos — así — de repente, al volver a abrir un paquete de cuadernos olvidados...

La maestrilla Fiorillo... la llamarían la maestrilla Fiorillo... También la *Facoltà*<sup>38</sup>, hasta ahora respetuosa, la habría mirado

---

38 Es posible que en este contexto por “Facoltà” se refiera a la gente más importante e influyente del pueblo, la que tiene mayor “facultad de elección” y, por tanto, la posibilidad de influir sobre un núcleo social, ya que dispone de recursos económicos y ocupa cargos públicos que confieren un cierto poder social.

con aire de indulgencia. Quizás la mujer del secretario la habría despreciado. Quizás la marquesita Mauri habría evitado sentarse a su lado en la iglesia.

Lloró: como si con sus proyectos estuviera a punto de destruir el pequeño mundo de insignificantes ambiciones en el que había vivido. Lloró. Todavía no podía ver la nueva luz que estaba a punto de purificar todo trabajo honrado.

No, ella no sabía que su juventud habría sido hermosa, mañana, sólo porque se la habría ofrecido a alguien. Falso orgullo, pequeñas relaciones sociales entre gente mezquina y vanidosa, mundo de cartón, mundo de marionetas que, mañana, la guerra se habría llevado consigo... Pero Bettina no lo sabía: sólo sentía, dentro de sí, en torno a sí misma, potentes y desconocidas fuerzas que la empujaban a la acción.

Y se secó las mejillas. Paseó un poco por la habitación para recuperar un aspecto más sereno. Sintió el murmullo sumiso de Mariana, en la habitación de al lado; rezaba siempre a esa hora. Mariana no lo habría aprobado en seguida. Pero Bettina le echó coraje y, decidida, entró en la habitación.

—Oye —empezó a decir, con la voz un poquito ronca, — he reflexionado sobre una cosa muy justa..



**XII**  
**El telar de Catalina**  
*(Ragazze siciliane)*

Las dos hermanas, que se habían quedado huérfanas, bruscamente se sintieron solas como niñas que se dan la mano en una habitación a oscuras.

Las tías, en parte por amor al hermano y más por un sentido de piedad hacia las sobrinas, quisieron que se quedaran con ellas.

La tía Vanna fue la primera en hablar:

—¿Cómo voy a dejar a Marietta?

— Y yo — suspiró tía Fifi, —¿cómo voy a abandonar a Catalina en estos momentos?

Y las dos, en todo el tiempo que habían pasado curando en vano a la cuñada, se habían dejado llevar por una especial ternura...

Catalina y Marietta se unieron con más fuerza la una a la otra. Una no salía de la habitación si la otra no se sentía bien, una dejaba de hablar si la otra fruncía la frente, aferrada a dolorosos recuerdos.

Dormían juntas, en dos camitas blancas y tenían la costumbre de llamarse, nada más acostarse.

— ¡Catalina!

— ¡Marietta!

No se habrían dormido, si no se hubieran saludado de esta manera. Incluso se parecían. Pero Catalina parecía más fuerte; Marietta más grácil. Por eso, la tía Vanna se ocupaba mucho de su predilecta. En casa se había llegado a un acuerdo y, de esta manera, nadie se ponía celoso si por la mañana Mariettina sorbía un par de huevos mientras que la otra se contentaba con fruta o un trozo de queso fresco; o si, al salir al patio, la tía Vanna seguía a Marietta con un chal en las manos.

Tenía un poco de tos y no se le iba.

Una tarde, al subir por primera vez después de dos años de luto a la “Crocetta”, las siguió un joven forastero, quizás palermitano.

La tía Vanna exclamó satisfecha:

—Ese maleducado mira a Mariettina...

La tía Fifi afirmó sonriendo:

—No. Es por Catalina.

Las chicas, en casa, se hicieron tenues confianzas:

—Sabes... he visto que te observaba.

—Pero a mí me ha parecido que te miraba a a ti..

— Se ha parado bajo el arco...

—Por ti...

Se alegraron. Y mientras ayudaban a la criada a hacer las camas, y cosían detrás de la ventana todavía entornada, sonreían, atolondradas, cada una pensando en el rostro del desconocido que las había mirado. Al salir se lo encontraron de nuevo: seguro que le tenía que gustar Marietta, porque sólo la miraba a ella con ojos iluminados por la simpatía. No había duda...

Catalina se quedó un poco desilusionada; pero le pareció natural que la prefiriera a ella, al igual que las atenciones particulares de las tías y del padre se dirigían a la hermana más grácil.

Un día Marietta tosía más a menudo y la tía Vanna no la dejó salir.

La chica se quejó:

—¿Crees que estoy enferma? ¡Hace ya mucho tiempo que tengo esta tos tan pesada!

La tía Vanna fue inexorable. Entonces Marietta le propuso a su hermana:

— Sal tú por lo menos...

Había en su voz un ligero tono de rabia. Catalina respondió con alegría:

— ¿Para qué? Prefiero hacerte compañía.

Ni la una ni la otra creyó que iba a volver a empezar para ellas la clausura. Marietta se metió en la cama de la habitación de la tía Vanna, más ventilada; llamaron al doctor Saitta, que había curado a su madre; y tuvieron en la penumbra la nueva habitación de la

pequeña, con todo ese olor a trementina, tal y como habían tenido – durante tantos meses – la habitación de la madre.

Catalina – a la que dejaron entrar pocas veces – se quedaba desconcertada en el pasillo, pendiente de cualquier ruido, aferrándose a cada palabra, suplicando que la dejaran quedar al lado de la camita de la enferma.

Se repitieron los tristes días lejanos, fue una eterna pesadilla suspendida en el aire que terminó poco a poco. Una tarde el aroma de trementina se veló de un acre olor de flores frescas y de velas encendidas y desde las ventanas completamente abiertas llegó un lento y angustioso doblar de campanas a muerto... Así, poco a poco, se fue Marietta.

Para Catalina significó un golpe al corazón todavía más grande que cuando murió su madre. No lloró. En los días del *cònsolo*<sup>39</sup>, en los que estuvo también ella, se mostró retraída y muerta de frío en su enorme chal negro, entre las tías que sollozaban, pero no lloró y no estuvo callada. Habló febrilmente, dilatando sus grandes ojos desconcertados; habló como si su hermana estuviera allí, en la otra habitación.

Las mujeres que fueron a visitarles se maravillaron, creyendo que su dolor era demasiado pequeño. Pero su padre, desde su rincón, la miraba fijamente con inquietud; y las tías, en cuanto podían, le susurraban cogiéndole la mano:

—Ánimo... Desahógate... Lloro... Será mejor.

Tras los tres días del *consòlo* la casa se vistió de nuevo de luto: las ventanas cerradas, entreabiertas sólo las que daban al patio. Aunque era septiembre, la criada preparó los braseros, ya que las habitaciones se quedaron frías.

Catalina lloró finalmente la primera vez que volvió a poner el pie en la habitación donde trabajaban. Lloró, finalmente, al verse

---

39 Uso funerario del sur de Italia por el que parientes y amigos de la familia de un muerto ofrecen comida en la casa del difunto durante los primeros primeros días del luto en los que la lumbre tiene que estar apagada. Pasados los tres días la familia se queda sola y viven el luto dentro de la casa, apartada del mundo, especialmente si se trata de mujeres.

sentada delante del lugar que se habría quedado para siempre vacío. Sollozó al encontrar en la cesta la labor de Marietta.

Luego se calmó. Fue por la casa recogiendo todo lo que había pertenecido a Marietta: todas las labores abandonadas que ya nadie más habría continuado; cada uno de los objetos: hasta la bolsa, el libro de misa, el dedal. Por todas partes se asomaba algo: por aquí había colgado un mandil; por allí había un peine de tortuga. En la cama había llevado el pelo peinado sobre la frente y parecía de nuevo una niña...

Cada objeto un recuerdo; cada recuerdo un estremecimiento. “Su” habitación se convirtió en un relicario: los retratos de la hermana, que sonreía dulcemente, desde distintos marcos, los adornó con crisantemos y siemprevivas.

No quiso que se cambiara la disposición de los muebles. ¿La cama? Tenía que quedarse en su sitio. Las tías tenían que seguir durmiendo allí, en la habitación de al lado, como “antes”.

La tía Fifi se aventuró con timidez con la tía Vanna:

—Podría tener miedo al despertarse. Esa cama vacía...

Ella lo oyó. Lo oía todo con su oído tan fino.

—¿Miedo? ¡Miedo de Marietta! ¡Mi querida y adorada hermana! ¡Si pudiera volver a verla! ¡Aunque fuera sólo una vez!

Y acostándose suspiró:

—Mariettina... alma del alma mía...

El corazón le dolía de llamar a quien no habría respondido; y se dormía sollozando bajo las mantas para que no la oyera la tía Fifi.

Pensaba que todo fluye... y parece que siempre se tenga que esperar un acontecimiento bonito y que la vida tenga que ser infinita; y cada uno se siente necesario para los otros y luego, de repente, todo termina; se rompen el cariño, los sueños, las esperanzas que parecían grandes y la vida de los que se quedan retoma su curso inmutable...

También en su casa volvían, como criadas humildes y silenciosas, las viejas costumbres tan poco modificadas. Venía, muy de vez en cuando, alguna vecina o pariente que se unía para hablar de la muerta, reavivando con cantilenas pequeños recuerdos.

Con el tiempo empezó de nuevo a venir el tío Raimundo, por la tarde, como antes, a jugar a la escoba con el hermano, emprendiendo interminables partidas, durante las cuales no se oía más que el monótono “para ti, para ti” que susurraba el que repartía las cartas.

El tío Raimundo era el oráculo de la casa: no tomaban una resolución ni arreglaban una cuestión de familia sin haber oído antes su opinión; el mismo don Tano se había vuelto a poner a la voluntad de su hermano. Sólo que él, que tenía conciencia de su superioridad, no abría nunca la boca para decir cosas inútiles. No se parecía a don Tano que, tantas veces, para entretener a las mujeres, contaba alguna cosa insignificante que había ocurrido en el pueblo.

—El caballero Dara se ha traído un piano, de fuera...

Nadie respondía a su voz un poco tímida. Catalina, absorta en el trabajo, absorta en el vago fluctuar de varios pensamientos, no deseaba romper el letárgico silencio que le rodeaba el alma. Bordaba, incluso por la tarde, cuadros para su hermana. Sobre el fondo de raso de color pizarra trazaba una corona ágil para contener uno de los retratos de Marietta.

Al alba se ponía a trabajar y, nada más almorzar, se iba a ver el efecto que hacía un capullo o una hoja esbozada por la mañana. Perfeccionándose en bordar extrañas flores con todos los matices del gris y del color ceniza, vivía para sus tristes y pacientes labores, amadas como cosas vivas.

La tía Fifi observaba a la sobrina encorvada sobre el telar:

—¡Se nos va como la otra! —decía a la tía Vanna. — Y nosotros nos quedaremos sólo con los ojos para llorar... Ese pobre Tano, ...

—Si pudiéramos entretenerla un poco... Si pudiéramos conseguir que respirara un poco de aire...

— Yo incluso la llevaría al campo.

—¿De vacaciones? Pero ¿no piensas en los cotilleos de la gente? Si no hace seis meses desde que la difunta...

—Ni siquiera seis meses... —repetía la tía Fifi. — Pero Catalina así no va a durar.

—¡Raimundo debería traer a su hija!

Y tío Raimundo una tarde llevó a Nenè que acababa de volver del colegio Maria Adelaide. Pero Nenè se aburría: charló, chismeó, al principio con alegría, luego con tono punzante, mientras que Catalina seguía absorta con las manos unidas sobre las rodillas.

A lo mejor ni siquiera estaba escuchando.

¡No, Nenè no podía compadecer a su pobre prima!

Sin embargo, volvió al día siguiente, junto a la señora Elisabetta Picci, una forastera vestida con una larga chaqueta de terciopelo negro que hacía que se pareciera a un hombre.

—Es la mujer del profesor de italiano — explicó a la tía Fifi, mientras que la tía Vanna, muy confundida, atendía con premura la visita. —Es un poco extravagante, pero tiene un gran corazón, grande como el mar.

Catalina miraba con curiosidad y desconfianza a la recién llegada. Tenía dos mechones grises sobre la frente y manos muy delgadas siempre en movimiento; charlaba vivazmente, sin tomar aliento, replicándose a sus mismos argumentos: hablaba de gente conocida en Milán, que había encontrado en Florencia, y describía con una frase, con adjetivos que llenaban de color lugares y personas. Se interrumpía para exclamar:

— Pero ¿ustedes no salen nunca...? Bien, bien... lo sé.

O bien:

—¡Deberían moverse!

Pero no esperaba respuesta y continuaba con sus charlas. La tía Fifi se daba cuenta de que la curiosidad de Catalina era casi alegre y se lo agradeció a la desconocida. Quiso acompañarla ella y, mientras la tía Vanna iluminaba el descansillo y Nenè iba delante, siguió a la forastera, le sujetó las dos manos, mientras le pedía:

—Oiga... venga alguna vez... ¡Estamos tan solas!

—Vendré... Volveré...

Y la señora salió rápidamente, mientras la tía Fifi volvía a subir las escaleras agarrándose a la barandilla y parándose en cada escalón por la congoja que le mordía el corazón.

La tía Fifi tenía miedo de no volver a ver a la forastera.

¡Una señora como esa, que viene del continente, que ha leído y ha viajado, se aburre — exclamaba cada poco — entre nosotros que no sabemos hablar de nada!

Pero la señora Elisabetta volvió sin la compañía de Nenè.

La tía Fifi, que fue a abrir, la recibió con alegría.

—¡Catalina...! ¡Vanna...! — las llamó.

En el pequeño cuarto de trabajo se sintió un alegre movimiento de las sillas, un vivaz parloteo:

—Qué suerte, qué suerte...

Estaba también don Tano; y el hermano y las hermanas miraban a la señora Elisabetta con ansiosa admiración, como si le trajera alegría a su Catalina. Tenían pocas ganas de conversar, pero intentaron de todas las maneras mostrarse agradecidas: le ofrecieron café, conservas de fruta; luego Catalina le enseñó el telar.

La señora Elisabetta se quedó perpleja.

—Bien, bien... —exclamó agitando las manos. — Yo no he trabajado nunca al telar... Pero sé de qué hablo...

La llevó al salón que estaba completamente cerrado en la oscuridad, donde se respiraba un pesado olor a moho y a flores marchitas.

A la poca luz de una persiana abierta se mostró un retrato, grande y claro, que ocupaba toda una pared.

—¿Lo ve? Es el más bonito. También le voy a hacer una corona de crisantemos. Pero será un trabajo más largo.

La señora Elisabetta escuchaba, enmudecida. Luego exclamó, evitando mirar a la figura del retrato que parecía desprenderse, tan claro, de la oscuridad:

—Bien, bien... Pero ¿este no es el salón? ¿La habitación de los amigos?

—Sí. Y ¿qué? Está en todas las habitaciones.

La llevó a la habitación para que viera otros dos retratos cubiertos con un velo. Levantó el velo para mostrar las coronas sin color, pacientemente bordadas.

—Bien, bien... —exclamó la señora Elisabetta volviendo al cuarto de la costura. —Usted se va a poner mala. ¡No puede vivir así!

¡Vamos que si se necesita otra cosa! ¡Debe ser muy joven! ¡¿No?! —continuó con la cabeza con aire descontento e impaciente. — Yo también he perdido a mi madre, a mis hermanas... a un tío muy querido..., a tantas amigas... ¡Tengo un cementerio en el fondo del corazón! ¡Pero no sobre el corazón!

En el corazón he sembrado la vida. ¡Hay que tener valor! Luego he pensado en casarme... ¡He ido de aquí para allá! ¡La juventud tenía sus propios derechos! ¡El moho no se pega a lo nuevo, sino a lo viejo!

A Catalina le dolieron esas expresiones que ofendían la memoria de su hermana, que le herían los oídos como si se tratara de notas demasiado agudas. Se arrepintió de haberle enseñado sus labores y, agotada, se propuso no volver a ver nunca más a la intrusa.

Sin embargo, la señora Elisabetta volvió al día siguiente, vino cada día a la misma hora y fue venciendo, poco a poco, la desconfianza de la chica y, la más sorda, de la tía Vanna.

Conocía a medio pueblo y venía siempre con recados y encargos: tenía que llevarle un libro a la baronesita; la esperaba doña Menicuccia que tenía a un niño malo; tenía que echar una carta de don César que no podía salir...

—¡Cuando puedo serle útil a alguien soy feliz! — repetía con entusiasmo. —¡De esta manera pienso menos en mis problemas!

Insistía para que dejaran salir a Catalina:

—¡Una buena caminata al sol!

—Pero ¡bromea! ¡Todavía no ha pasado un año! —decía la tía Vanna juntando las manos.

—¡Entonces nada de sol! ¡Al claro de luna! La gente no la va a ver. Que me den también a mí un chal. ¡Quién va a pensar que la señora Elisabetta vaya arrebujada en un chal!

Las viejas sonreían ante la alocada propuesta. ¡No habrían dejado salir nunca a la sobrina, ni nunca la habrían dejado salir sola con una forastera!

Sin embargo, una tarde se convencieron: se rieron de corazón y fueron a llamar a don Tano para que viera a la señora Elisabetta con el chal.

—¡Vayan por el Sinibbio, por favor!  
— Y tú, Catalina, ¡no abras la boca hasta que estéis en el pueblo!  
¡Alguien podría reconocerte la voz!

La chica se agarró al brazo de su acompañante. Se asustaba cuando se encontraba con caras de conocidas y se echaba el chal sobre los ojos al pasar bajo una farola hasta que salió al paseo.

Había una luna llena que se asomaba por los chopos; las ranas croaban en el pantano; lejos ladraba un perro. La primavera estaba en el aire. Catalina respiró con avidez.

—¡Te vas a poner mala! —repetía la señora Elisabetta. —¿No entiendes que necesitas vivir?

Catalina parecía que se iba despertando.

—¡Lo que aquí se necesita es un guapo mozalbeta!

—¡Oh! — exclamaba Catalina, retirando el brazo, casi ofendida.

Permanecía callada. Pero la hora y el lugar le infundían una vehemente necesidad de abrir su corazón.

—Ve — murmuraba —me parece, algunas veces, que mi alma es de color gris ceniza, que todo, a mi alrededor, es gris ceniza. Y ¿usted se maravilla porque conozco todos los matices del gris? No me gustan los demás colores. Si veo personas vestidas de claro, mis ojos se tienen que acostumbrar, como ante una luz demasiado fuerte. No pienso dejar el luto. Lo tengo dentro del alma. ¿No ve nuestra casa? ¿No le parece oscura? Todos escapan. Ni siquiera Nenè ha vuelto a venir...

—Nenè tiene razón — proseguía. —Se aburre de estar conmigo, porque no tengo nada que decir, porque vivo en una casa de viejos, recordando a la pequeña adorada...

—Bien, bien —interrumpía la señora Elisabetta. —Melancolías de muchachas...

La impaciente exclamación rompía el triste encanto. Catalina enmudecía de nuevo, suspirando, arrepentida de haber hablado de sí misma.

Pero la vieja señora – que se había propuesto entretener a Catalina, hacerle bien, costase lo que costase – iba directa a su

objetivo, sin preocuparse por los dulces desahogos y los imprevistos y obstinados silencios.

Cada tarde se quitaba el sombrero para envolverse en el chal y hacía trotar a su protegida hacia el Sinibbio.

—¡Pero no se por qué tenemos que huir de la gente de esta manera! — refunfuñaba con la tía Fifi. — ¡Como si no bastase con el chal que me quita el aliento!

Luego añadía:

—¡Un tesoro, su sobrina! Pero está enferma. ¡Si yo fuera un hombre me casaría con ella en el acto y la llevaría a viajar por Italia!

La tía Fifi sonreía.

—¡Gracias! ¡Gracias! Empieza a estar mejor. ¡El paseo de la tarde hace que cene con apetito! ¡Y trabaja algo menos a ese bendito telar!

Un día la señora Elisabetta se presentó con aire misterioso e hizo una señal de que les tenía que decir algo con mucho secretismo.

En cuanto mandaron a Catalina a preparar el café, las dos hermanas se arrimaron a la señora Elisabetta quien, mientras atormentaba la cadenita de oro de las gafas y llevaba hacia atrás los dos mechones grises, les hizo una confidencia.

Las viejas se quedaron atónitas.

—No habrá ocasión mejor. Un joven serio, que promete mucho. Tiene familia en Verona. Que les informe la familia Pavonetti, de Verona.

—Nosotras tenemos un sobrino militar por allí —se acordó la tía Fifi. —Le podemos escribir.

—¡Un empleado como marido...! —interrumpió la tía Vanna. —Un forastero...! ¡Irá de aquí para allá!

—¡Oh! ¡Verá Italia! ¿O es que tiene que vegetar siempre en esta casucha, peor que una seta? Y, además, él podrá establecerse en Palermo, en Messina, donde quieran...Progresará. Mi marido le quiere como a un hijo. Que la quiere conocer, le repito. ¡Fíjese!

Las viejas se miraron con perplejidad.

—¡Conocerla! Decirle, sin rodeos, que un jovencito la quiere...

¿Meterle en la cabeza algunas ideas? Y ¿si luego no se llegara a nada?

—Se llegará. El joven es serio. Pero ¿qué se creen? ¿Les hablaría yo así si no lo apreciara?

Se lo dijeron a don Tano que se mostró confundido:

—Por su amor... ¡claro que sí!... Pero que nos aconseje don Raimundo.

Don Raimundo había conocido al profesor Pavonetti en el Casino. ¡Vamos que si era un buen partido! Pero había que tomar precauciones, informarse.

Y don Raimundo escribió y reescribió. Pronto pudieron saber que Pavonetti, de una familia que en Verona gozaba de la estima de todos, era un joven inteligente y honrado.

—Y ¿Catalina?

Con Catalina habló la tía Vanna.

—Sabes... Un jovencito honrado... Una verdadera suerte...

Incluso lo dice el tío Raimundo.

—Pero ¿si nunca me ha visto? ¿Si yo no lo he visto nunca?

—¡Os conoceréis...!

—¿Dónde?

¿¡Dónde?! ¡Eso no lo había pensado nadie! En casa no se podía proponer, ni en broma: si luego no se prometieran, ¿cómo iban a justificar la visita de un forastero?

—Podrían venir por la tarde... tarde... — propuso la tía Fifi tímidamente.

—¿De contrabando? ¿En nuestra casa? ¿Has perdido la cabeza?

—Necesitamos una casa neutral — dijo el tío Raimundo interpelado.

—¡Exactamente! —repitió don Tano. — Una casa neutral.

—Pero... —interrumpió la tía Vanna.

— ¡Con tranquilidad! Vayamos por orden —comenzó don Raimundo extendiendo las manos como para evitar un invisible obstáculo. —Ya está. En mi casa no llamaría la atención porque muchas otras veces algún amigo forastero viene a ver mi colección de sellos.

Yo le invito con esa excusa. Tú, —añadió dirigiéndose a su hermano — tú estarás ya en el salón con tu hija. Estará también Nenè, mi mujer... Tendréis tiempo para conoceros. Naturalmente cada uno de nosotros hará como si no supiera nada... Un encuentro fortuito... Luego, cuando él manifieste sus impresiones al marido de la señora Picci, entonces decidiremos.

—¿Habéis visto? — suspiró la tía Vanna. ¡La cuestión más intrincada, con el ojo de Raimundo parece una adivinanza para niños!

Pero Catalina se desalentó. No había salido nunca —más que unas pocas veces, por la tarde, por el campo, con la señora Elisabetta; no veía gente nueva desde hacía tanto tiempo... Y ahora tenía que ir a casa de su tío para conocer a un hombre... Y conocerlo, encima, para... ¡No! ¡No!

La tía Fifi, al ver el futuro de su predilecta en una luz de felicidad, insistía.

La señora Elisabetta, informada de todo, se entusiasmó, como cuando había que hacer un bien.

—¿Dices que no? ¡Pero tonta! ¡Lo sabes tú que vas a conocer a Pavonetti! Y como si los demás no lo supieran. ¿Entiendes? ¿Qué cosa más natural que una visita a tus tíos? Y ¿él? Él pensará que tú no lo sabes... ¿El salón? Pero ¿por qué? ¿no es posible encontrarse en un salón? ¡Qué tonterías! Venga, ¡como una buena chica! ¡Mejor piensa en ponerte guapa mañana por la tarde!

Pero Catalina, en vez de ponerse guapa, se arrodilló para pedir que iluminaran su mente. Luego quiso rezarle también a su hermana muerta. Los recuerdos surgían, pobres y confusos, como voces lejanas sin eco, como perfume de rosas marchitas. Pensaba que el tiempo pasa; pasa y parece siempre igual. Y también la gente se da prisa. Y alguno se para en el mejor momento; cae; otras personas llegan y se van, sin mirar para atrás. Y los muertos... ¡Oh! ¡Cómo se olvida a los muertos! Y, sin embargo, a cada uno le parece que la vida tiene que durar infinitamente. También Marietta había soñado y esperado. Y ella, Catalina, había jurado que no la iba a olvidar nunca; y, sin embargo, desde hace algún mes, por la frívola

compañía de una intrusa, ¡casi se había alejado de la memoria de la pobrecita!

A pesar de todo, ella le sonreía, dulcemente, sin rencor. La volvió a ver, a través de un velo de lágrimas. Murmuró:

—¿Me perdonas de verdad?

Recordó el rostro del desconocido que había mirado a su hermana, deteniéndose bajo el arco.

Pero si ella hubiera vivido...

Ahora le decía, con la sonrisa triste:

—Vive tú que estás aquí. Quizás el amor...

Catalina se levantó de rezar, sin haber rezado.

Hasta esta noche, pensaba. Y se ruborizaba ante sus pensamientos desnudos. ¡Qué ganas de sol y de aire libre! ¡Esta tarde! ¿Guapo o feo? ¿Rubio o moreno?

Era alguien. Alguien que la quería, que había mirado también a Marietta esa tarde lejana. Era el amor, misterioso y potente que la habría llamado.

La tía Fifi la peinó. Luego cogió un vestido bueno, el mismo que le habían hecho para el luto de su madre.

La falda le quedaba un poco grande, las mangas demasiado cortas, el corpiño, demasiado amplio, le hacía dos arrugas en los hombros.

—No está mal —concluyó la tía Vanna.

¿El sombrero? ¿Iba a salir por primera vez con sombrero?

Se arrebujó en el chal y esperó a que fueran las ocho. El padre, con el gabán nuevo, paseaba lentamente por el pasillo. Las tías hablaban en voz baja. Esperaban, como el que espera partir hacia un lugar desconocido y lejano.

Catalina sintió un escalofrío. En la hora melancólica se arrepintió de haber dicho que sí. Oyó la voz de su padre: —Vamos.

También las tías se levantaron, pesadamente, para acompañarles hasta la puerta.

—¡Adelante! ¡Pase usted!

— El profesor Pavonetti... mi mujer, mi hija. Mi hermano Gaetano Fàvara, ni sobrina Catalina Fàvara.

Se sentaron todos en círculo, un poco cohibidos. Don Tano miró a su hermano como para decirle: —¡Empieza tú! Y don Raimundo, sabio y complaciente, encaminó la conversación. Buscó una postura cómoda, se dio un golpecito en las rodillas para que saltara un pelo y luego preguntó mirando la caja de sellos preparada sobre una mesita:

—Entonces, ¿lleva aquí poco tiempo?

—Tres meses.

—Se encontrará mal, ¡acostumbrado como está a los grandes centros!

—Hasta ahora, sí, ¡la verdad! Pero ¡espero encontrarme bien en el futuro! — respondió el profesor mirando a Catalina.

—Y luego, ¿se irá lejos? — continuó don Raimundo.

—Depende. Si paso al instituto podré incluso establecerme en Palermo.

Y se puso a hablar de los exámenes, las oposiciones, los títulos, las publicaciones, anunciando que estaba preparando un estudio sobre la “reforma de la educación”.

Catalina no escuchaba. Sentía sobre sí los ojos del desconocido que la examinaba fríamente, sin simpatía y sin indulgencia.

Pensaba al objetivo del encuentro y se ruborizaba. Se vio los brazos largos en las mangas demasiado cortas; le pareció que tenía un pecho enorme, un cuerpo enorme. Sintió una especie de vergüenza al sentirse allí, en ese salón, expuesta a la mirada de un desconocido que la observaba para luego referirle sus consideraciones al marido de la señora Elisabetta. Nenè hablaba animadamente.

—¿Palermo? Sí, he estado allí seis años. Pero en un internado, ¡imagínese! ¿En el foro Itálico...? ¡Oh! ¿Volver allí otra vez? ¡Ójala! ¡No sueño con otra cosa!

Catalina sufría menos ya que la prima reclamaba la atención del profesor. Pero en cuanto los ojos de ese hombre, que todavía no le había dirigido la palabra, volvían a posarse fríamente sobre su persona, se apoderaba de ella de nuevo la angustia y la vergüenza.

¿Por qué había venido a representar un papel en la comedia? Sintió un agudo disgusto por sí misma y por los que la rodeaban.

¿Habría tenido que ser ese su prometido? ¿Por qué? Un hombre cualquiera...

No el que había soñado por la calle del Sinibbio, en el voluptuoso tepor de primavera.

No. No.

Pero, entonces, ¿para qué quedarse ahí?

Le preguntaban algo.

—No, gracias — respondió distraída, sin dirigirse a nadie.

—El profesor te pregunta si te gusta viajar.

—¿Viajar? — repitió, confusa y azorada. —Creo que me gustaría. No he viajado nunca. Tenía que estar muy torpe en ese rincón del sofá. ¿Le podría alguna vez interesar a ese hombre? No, no le habría interesado nunca. No habría interesado nunca a nadie. La cabeza le martilleaba; era como el que va en un carro, por la noche, y con dificultad puede ver lo que tiene delante, y de vez en cuando, se encuentra sacudido, por un brutal salto por los cantos desiguales.

¿Desde hace cuánto tiempo sufría de esta manera?

Miró a su padre para decirle: —¡Vámonos! —con un gesto. Pero el padre estaba completamente absorto, con su habitual expresión de cordialidad, mientras estudiaba a su futuro yerno. De repente, le impresionó el rojo del mandil y el negro del pelo de Nenè. Rojo y negro, negro y rojo llenaban la habitación, hacía que le lloraran los ojos. Tuvo miedo de echarse a llorar delante de todos.

Por fin, el padre se daba la vuelta. Le hizo un gesto liberador.

—¿Os vais?

—Es tarde. ¡Mis hermanas nos esperan! —murmuró don Tano mirando de reojo y con inquietud a su hija.

No les entretuvieron.

El aire frío, que le azotaba en la cara, detuvo las lágrimas de Catalina que caminó maquinalmente, con las rodillas tembolorosas. Padre e hija no se dijeron nada. Don Tano sentía que no tenía que decir nada. En casa Catalina se irritó porque la tía Fifi le hacía preguntas.

Se encerró en la habitación: se desvistió con prisa como si

tuviera miedo de que no le diera tiempo; se metió en la cama fría con un largo escalofrío y, cuando se quedó inmóvil, con la cara en la almohada, lloró desconsoladamente.

Rojo y negro, negro y rojo, la risa de Nenè, que sabía vivir, la tenía delante, en la oscuridad, a través de los párpados cerrados.

La tía Vanna, en la cocina, preguntaba a su hermano:

—Pero, ¿cómo ha ido? ¿cómo es él?

—Él es simpático. Ha ido bien, hasta un cierto punto. Luego se ha puesto a hablar con Nenè. Catalina le ha debido gustar. Hablaba con Nenè para salvar las apariencias. Ella estaba muy callada... Creo que le ha dado algo de celos. Pero veremos mañana. Yo diría...

—Yo diría — interrumpió con insolencia la tía Fifi, —que si no se llega a un acuerdo, nos la llevamos al campo. ¡Tiene los nervios rotos! Un luto tras otro... No se ha elegido bien el momento adecuado... Y, además, no se ha preparado bien. Como si la hubiéramos mandado a la feria...

¡Bien decía yo!, ¿queréis volvérmela loca?

Pero al día siguiente por la mañana no volvieron a hablar del campo. Catalina se levantó serena, tranquila; triste, sí, como siempre (como era por naturaleza); un poco pálida, sí (pero ¡era tan grácil!)

La tía Fifi comenzó, animada:

—Tu padre ha dicho que ese profesor...

—Oye, tía, —dijo Catalina muy calmada —el favor más grande que me podéis hacer es no hablar más de eso. No me gusta.

—Pero, ¿por qué? Tu padre...

—Es feo... Tiene unas orejas, además... — añadió, como para justificarse. —Yo no tengo el valor de decírselo a la señora Elisabetta. Habla tú por mí. Dile lo que quieras.

La señora Elisabetta, por la impaciencia, llegó de repente, antes de lo habitual:

—Y ¿Catalina?

—En su habitación. Ahora viene.

—Ayer por la tarde no ha ido muy bien. Pero a lo mejor...

La tía Vanna, que no estaba preparada, se ruborizó. La tía Fifi explicó tímidamente:

—No le ha gustado.

—¿No le ha gustado?

—No... Es feo... Tiene unas orejas grandes ...

—¿Rechaza un partido como ese porque tiene las orejas grandes?  
¡Es pueril! ¡En vez de agarrarse a la suerte...!

Miró alrededor, indignada, irritada, y después de un minuto se despidió.

Espació sus visitas y, con el tiempo, poco a poco, no se la volvió a ver, al haber perdido el aprecio por una chica a la que le importan las orejas del prometido...

¡Vete a ayudar a algunas personas!

Catalina volvió a su telar; empezó a bordar, sin muchas ganas, el cuadro para el retrato grande de Marietta.

No se maravilló cuando le dijeron que Nenè se había comprometido con el profesor Pavonetti. No se quejó de que sus días volvieran a ser como antes; y lo vio natural que la señora Elisabetta hubiera terminado por aburrirse de ella.

Como ya había pasado un año de luto y las tardes de otoño eran hermosas, para accontentar a la tía Fifi empezó a salir con su padre después de cena. Caminaban hacia el Sinobbio, lo suficiente para tomar una bocanada de aire. Junto a su padre, que iba callado empujando las piedrecitas con el bastón, Catalina caminaba por el paseo solitario, sin aburrirse demasiado y sin disfrutar, siguiendo sus serenos pensamientos, añorando su dulce sueño muerto como su madre, muerto como Marietta, mientras el tiempo pasa y la gente que sabe vivir se da prisa y no mira atrás.



**XIII**  
**La aventura**  
**(*Il guinzaglio*)**

A última hora había poca gente porque, de las cuatro ventanillas, quedaba abierta sólo la que le habían encargado a Rosalba Mannelli. Tras el trasiego de la mañana, tras la extenuante fatiga, Rosalba cogía un libro que tenía escondido en el cajón de los sellos y, al abrirlo, en seguida tenía la impresión de que respiraba con más libertad. De esta manera, seguía los acontecimientos de los personajes novelescos tan ensimismada que muchas veces la gente tenía que llamar al cristal para que volviera en sí. Aunque la interrumpieran bruscamente, Rosalba no se mostraba nunca enfadada. La serenidad de su espíritu era inagotable, casi comunicativa, e incluso los más toscos no podían por menos de despedirse o darle las gracias cuando Rosalba les entregaba el recibo o “recepción de la correspondencia” con su bonita sonrisa que resplandecía en los dientes grandes y blancos, en los ojos azules cargados de dulzura.

Gigi Lavagna, que estaba sentado al lado, en la ventanilla de los giros postales, le decía:

—Tiene usted tanta paciencia porque es la primera vez que está en esta oficina. Con el tiempo se volverá usted también más desagradable.

Y la miraba con una especie de insolencia, con un puro en la boca.

—¿Lleva usted mucho tiempo en este trabajo? —decía Rosalba, para desviar esa mirada tan fija que le provocaba un cierto malestar.

—¿Yo? —respondía Lavagna. —¡Algún día le contaré mi historia!

Rosalba le miraba de reojo a su vez mientras observaba, con

una mezcla de curiosidad y de piedad, las arrugas sutiles, quizás precoces, de su compañero de trabajo.

—Y usted, ¿cómo ha caído en esta cárcel? —preguntaba Lavagna.

—¡Oh! —exclamaba Rosalba, y su sonrisa se convertía en una expresión de orgullo, pensando en su padre tan mayor, en sus hermanos tan pequeños, a los que, finalmente, les podía ayudar con su sueldo.

Gigi Lavagna, cuando las tres ventanillas se cerraban y se abandonaban las dos sillas, se quedaba a trabajar: que él nunca estaba listo para entregar las cuentas de la caja.

—¡Ya estoy aquí! —se excusaba. —Es increíble cuánto trabajo se acumula por la mañana.

Y, mientras el jefe de la oficina volvía a la salita, él contaba el dinero, abría registros, hojeaba documentación, siempre muy atareado. Pero, enseguida, reducía su actividad y se quedaba, inmóvil como un gato, observando a Rosalba que leía absorta. No se saciaba nunca de examinar su fino perfil, la curva del cuello desnudo y rubio que desaparecía en el cuello del corpiño de terciopelo.

—¿Tiene una pluma nueva, por favor?

—No, pero puede utilizar la mía.

—¿Qué está leyendo?

Rosalba le mostraba el libro: una respetable novela de Anton Giulio Barrili.

—¡Se está dejando los ojos al leer con esta luz!

—¡Me gusta tanto!

—A mí también me gustaba. ¡yo tenía madera de un poeta...! Le contaré mi historia. ¡Nada que ver con esos libros!

Y suspiraba, por el gusto de ver cómo se abrían de sorpresa los ingenuos ojos azules cargados de piedad y de dulzura.

Rosalba venía sola a la oficina, con la luz del día (las ventanas parecían iluminadas por un rayo de sol, cuando ella llegaba); pero, por la tarde, si le tocaba el turno hasta las ocho, venía a buscarla su madre, una viejecita vestida de negro que llevaba los mitones de hilo, incluso en invierno, y una capota con lazos. Una tarde, como

no llegaba, Lavagna le propuso:

—¿Le acompaño yo?

—Gracias, pero mejor la espero.

—Como quiera. Pero la oficina está cerrando.

—Esperaré fuera.

—¿Tiene miedo de mí? Soy un caballero.

—Pero ¿qué dice?

La oficina se cerró y en la acera, con la gente que miraba al pasar, el tiempo se le hizo eterno.

—¿No ve que no viene? —insistía Lavagna. —¿Una señorita inteligente como usted no debería sentirse esclava de esos prejuicios!

—¡Aquí está! —exclamó Rosalba triunfante. Y sin despedirse del compañero, corrió hacia la figura encorvada de su madre.

Al día siguiente él se mostró ofendido.

—Le estaba haciendo compañía y usted me ha plantado sin despedirse, ¡ni que fuera un sinvergüenza!

La queja mortificó a Rosalba que, desde ese momento, fue más afable con él para que la perdonara.

Una de las compañeras empezó a picarla:

—¿Se ha enamorado de ti esa cara bonita?

—¡No digas tonterías!

—¿Y tú te has enamorado de él? De un sinvergüenza.

—¡Ya basta!

La piedad por las arruguitas de Lavagna se convirtió casi en ternura. Escribiendo “Envíe esto de fulanito a menganito...” veía obstinadamente, sin mirarle, al que tenía al lado. Imaginaba que un día le habría dicho: “¿Nos casamos, Rosalba?”.

Le habría respondido: “¡... Venga a casa...!”

Y luego, ¡adiós “correo certificado”, adiós a la distribución de correspondencia! Rosalba es una esposa feliz que tiene niños sanos y guapos...

El futuro transcurría dulcemente, sin gran dificultad, como en las respetables novelas que tenía en el cajón de los sellos. Y Lavagna no tenía ya tantas arrugas, ya no era tan anciano. Era él el que había

animado, sin cara y sin palabras, sus sueños de amor.

—¿Tiene un trozo de papel secante?

—Aquí tiene. Siempre le falta algo, ¿verdad?

—¡Lo ha adivinado!

Le hablaba con un tono de voz particular, un poco arrastrado, y Rosalba se ruborizaba, confundida, con la extraña impresión de que le fuera a decir, de un momento a otro, en presencia de todos: “¿Nos casamos?”.

Rosalba se convirtió en el pasatiempo de la oficina. Las compañeras se hacían guiños, incluso los botones se reían entre ellos, cuando Lavagna se dirigía a la señorita Mannella. La envidia y el cotilleo se escurrieron como culebras entre los registros y los resguardos, llegaron hasta la salita donde trabajaba el jefe de la oficina, que un día llamó a la señorita Mannella para hablar con ella a solas.

—Por su bien —le dijo el jefe de la oficina, un poco avergonzado.

—Lavagna le hace la corte... La oficina... También por respeto a la oficina... Y por usted, que es una joven irreprochable. Sobre todo porque Lavagna tiene mujer e hijos...

Se había dejado engañar, estúpidamente.

—¿Me da una pluma?

Le pasaba la pluma sin hablar, sin levantar la cabeza, y en los momentos de ocio, fingía estar leyendo, con la cara entre las manos, los ojos fijos en la misma línea.

Pensaba: —La verdad es que él no ha hecho nunca nada para que yo me ilusionara, pobre hombre. La culpa la tiene mi imaginación.

Pero le faltaba oír la verdad de su boca. Y le dijo:

—Es Navidad. ¿Ha pensado en el aguinaldo para los niños?

—¿Qué niños?

—Los suyos, ¡esta sí que es buena! y los de su mujer.

Lavagna se puso triste y no respondió de inmediato. Rosalba esperó ansiosamente.

—¿Quién le ha dicho que estoy casado?

—No es difícil saberlo... —murmuró Rosalba, mirando de reojo al empleado que hojeaba nerviosamente un paquete de recibos.

No había duda.

Bueno, pues un capricho menos.

Dándose cuenta de que había dejado que volara demasiado su fantasía y que había hecho reír, y tanto, a sus compañeras, se mostró menos azorada: se entretuvo a charlar y a bromear con Lavagna, pero ya sin confundirse.

Ahora que sabía que estaba casado, ya no lo veía dentro de la aureola de sus sueños. Era un hombre como los demás.

Además, como él había dejado de ser amable y le hablaba muy serio, todos se convencieron de que ya no la estaba cortejando. Y Rosalba se quedó tranquila.

Una tarde que llovía a cántaros y que la madre tardaba, Lavagna observó:

—No tiene paraguas. ¿Le acompaño yo?

—Como quiera —aceptó Rosalba.

Se dirigieron del brazo, mal cubiertos solo por un paraguas. Rosalba estaba aturdida porque llovía a cántaros, pero sobre todo porque iba caminando sola con un hombre.

—En tranvía no —dijo. —Me daría vergüenza si me viera alguien.

—¿... Conmigo? ¿Porque puedo ser su abuelo?

—¡Tanto como mi abuelo!

Rosalba se rio. La novedad le gustaba muchísimo: ¿había llegado finalmente el momento de una pequeña aventura que interrumpiera sus sosas y agotadoras jornadas en la oficina?

Pero ¡en el tranvía, no, ahí no!

—Hasta aquí va bien —exclamó después de un ratito. —Estos pocos pasos los doy yo sola.

—¿Sin paraguas? Ahora ya —bromeó Lavagna, apretándose al brazo de Rosalba, — no se puede escapar.

La calle, negra y reluciente, bajo las lámparas teñidas de color celeste, estaba casi desierta.

—Llueve poco —dijo Lavagna. —Es mejor que continuemos. ¿Quiere tomar un ponche?

—Pero ¡¿qué idea?!!

—¡Un ponche que la reconforte completamente!  
—No, en casa están preocupados.  
—¿Por unos pocos minutos de retraso?  
—Y, además, ... no está bien.  
—Una señorita inteligente como usted no es esclava de ciertos prejuicios.

Mientras le decía estas cosas, Lavagna metía a Rosalba en un callejón.

—¿Dónde quiere usted ir?  
—Aquí hay un café que yo conozco.  
—Yo no voy a ir.  
—Pero, si no nos ve nadie...

Bajaron por el callejón estrecho, oscuro y desierto. Lavagna repetía como si hubiera tenido que convencer a un niño:

—Ya estamos ahí. Ya estamos muy cerca... Ya estamos ahí...

Y, mientras tanto, intentaba alargar el brazo en torno a su cintura.

De repente, Rosalba tuvo miedo.

—¡Qué maneras!... —exclamó, parándose: la luz lívida de una farola, en el callejón, destacó con violencia la cara arrugada de él, transformada – sus ojos que no habían brillado nunca con tanta maldad, allí, en la oficina...

El miedo se convirtió en temblor.

—Volvamos —murmuró, intentando apartarse. Pero él, que había conseguido agarrarla por la cintura, la apretó con más fuerza, sujetando siempre el paraguas con una mano, tranquilamente.  
—Aquí está, ¿lo ve? Nos quedaremos solos. Nosotros y nuestro corazón. Este corazoncito...

Pero Rosalba, que parecía enloquecida de miedo, no oía más que el ruido del agua de los canalones, en el silencio; no veía más que los ojos brillantes de él; no sentía más que ese calor nuevo, impuro, que desde el costado serpenteaba por todos sus miembros. Se paró, decidida, y se vio arrastrada un poco por el brazo del hombre que la sujetaba sin esfuerzo.

—¡Déjeme, déjeme!

—¡No grite! ¡Qué estupenda que es usted!

Se arrodilló en el barro para aumentar la resistencia: le dio un mordisco mientras gemía.

Él la soltó sofocando una blasfemia.

—¡...Váyase sola! ¡Vaya a urdir una novela ahora! Pero qué se creía...

Pero Rosalba ya estaba saliendo del callejón a toda prisa, sin escucharle; el callejón interminable del que no habría salido nunca. Tenía la sensación de que la oscuridad y la altura desmesurada de las paredes sucias y lúgubres la habrían engullido.

La subida y el pesado barro en la falda entorpecieron su carrera.

Volvió a escuchar el ruido de la calle ancha y bien conocida, volvió a ver la pálida luz celeste.

Ahí estaba, a poca distancia, el comedor, templado e iluminado.

Es verdad que alguien había salido para buscarla...

Tuvo la impresión de que la paz de ese comedor, en casa, ya no tenía que ver con ella; y al agua, que le estaba mojando el pelo, el cuello, las manos, se mezcló alguna lágrima.

Sin darse cuenta, llevaba las manos en cruz sobre el corpiño empapado.

No. No había sucedido nada. Pero la vergüenza y el dolor la quemaban el alma - y sentía que había perdido, de repente, la alegre y serena visión del amor esperado en vano.

Entreabrió los ojos al acercarse al portal para no mirar a la gente que se había refugiado en el atrio hasta que escampara; para no volver a ver la expresión de Gigi Lavagna que le parecía distinguir - para siempre - en la cara de los hombres.



**XIV**  
**América**  
**(Il guinzaglio)**

Que Petru pudiera volver, Venera ya no lo pensaba desde hacía tiempo. En San Miguel hacía justamente ocho años, y ocho años son muchos. Cuando pasa el verano y pasa el invierno, pasan las Navidades y vuelven otras, uno se olvida hasta de los muertos.

Antes... ¡eh! antes creía que se iba a morir.

Había llorado, había gritado, se había quedado en ayudas durante días enteros, como si en casa estuvieran en los días del *consòlo*<sup>40</sup>.

Pobre y desamparada no había esperado otra cosa que enfermedades y muerte. La primavera la recibió con fiebre y el sol la invitó a sentarse ante la puerta.

¡Una vida de sufrimientos! Petru escribía una vez al mes y le enviaba algunas liras. Él se había ido con la intención de hacerse rico y, sin hablar nunca de la vuelta, cerraba cada una de las cartas con las mismas palabras: “Yo estoy bien y espero que tú también. Trabajo como un animal, pensado en mi casa y a veces me gustaría tener alas para volver”.

—¡Alas! — repetía Venera irritada. —¿Necesita alas? ¿Se ha olvidado de que su mujer está desperdiciando lo mejor de la juventud esperándole? ¿O no lo sabe que una mujer con veinticinco liras al mes no puede mantenerse?

Cada carta daba rienda suelta a que se desahogara con Brasi, el zapatero, que vivía en la casa de al lado. Ella hilaba, él trabajaba

---

40 Uso funerario del sur de Italia. por el que parientes y amigos de la familia de un muerto ofrecen comida en la casa del difunto durante los primeros tres primeros días del luto en los que la lumbre tiene que estar apagada. Se llama “consòlo” porque se “consuela” a la familia en luto con la comida.

el cuero; ella suspiraba, él la consolaba. Pero le hacía bien saber que una persona en el mundo conocía sus aflicciones. Incluso por la noche, cuando la calle estaba solitaria y el farol proyectaba su luz amarilla sobre los cantos grandes y en las casas oscuras, Brasi venía y se sentaba junto a Venera, en el escalón. Traía su cena: un trozo de pan y un poco de queso o un ajo.

—¡Tome! —le decía partiendo el pan.

—Se lo agradezco, señor Brasi, pero ya he cenado.

—¡Pero qué me está diciendo! ¡Si tiene los labios blancos!

—¡Pero yo no se lo puedo devolver! ¡Pobre señor Brasi! —decía Venera hincando los dientes con avidez. —Mi casa, ya lo sabe... se puede recorrer en un santiamén. ¡Sólo hay miseria en cada rincón!

Y cenaban juntos, casi contentos, aunque se sintieran los más pobres y más abandonados de la calle, mientras todas las puertas estaban cerradas y todas las familias reunidas en torno a un caldero humeante. La luz ahora se deslizaba por los cantos grandes, luego se quedaba como recogida y empequeñecida en la farola. Sólo las estrellas podían verles desde allí arriba, desde el cielo oscuro.

Venera iba a confesarse muy a menudo; mientras intentaba convencer al confesor para que le diera la absolución, gemía tras la celosía:

—¡Oh, padre! Soy como una caña movida por el viento, como un ermitaño entre las tentaciones...

Y padre Olivaro, que era viejo y santo, la reñía con fuerza y luego, al verla arrepentida, le daba la absolución. Y Venera se marchaba con el alma más ligera.

Pero, poco a poco, se alejó del confesionario y, cuando se encontraba con el padre Olivaro, se envolvía en su esclavina para no saludarle. Incluso ya no se enfadaba cuando recibía las cartas. Se resignaba. El tiempo pasaba y pasaba; a veces casi se olvidaba de que tenía un marido en América. Si las vecinas le decían:

—¡Eh, Venera! ¿Y su marido?

—Volverá cuando Dios quiera... —respondía ella. Pero lo decía con la boca chica.

Con Brasi parecían marido y mujer. Brasi le daba el poco dinero

que tenía y le decía:

—Hazme un poco de sopa. El pan seco no me apetece esta noche.

Y, cuando las vecinas cerraban la puerta, entraba en la casa de Venera.

Ella le tenía mucho respeto. Lo servía como si fuera su amo y no se compraba ni una madeja de hilo sin pedirle permiso.

Alguna vez Brasi la pegaba. Ella no se rebelaba; no añoraba a su marido ni siquiera en esos momentos tan malos. Brasi o Petru, era lo mismo. Petru, que estaba siempre de un humor lúgubre y violento, en los dos años de matrimonio la había pegado como a un burro. Sin embargo, Brasi, un poco más enfermizo y lunático, tenía sus días buenos y, si cobraba, compraba vino y pasta y decía:

—Vamos a corrernos una juerga, a despecho de tu marido.

¡Su marido! ¡Ocho años son ocho años! Ya ni pensaba en que tendría que volver.

Por eso, cuando en la carta de finales de mes puso: “A la vez que sale esta carta, me pongo de camino...”, Venera creyó que se le abría la tierra bajo los pies.

—¡Sinvergüenza! Podría llegar incluso mañana, incluso esta noche. Así de repente... como si la casa fuera una posada, siempre abierta...

¿Creía que le iban a hacer una fiesta en casa? No se deja a una mujer durante años y años, sola, sin sustento.

Pero se fue calmando poco a poco. El marido es el jefe de la casa. Ella era su criatura y la podía echar de una patada...

¿Su marido? Lo recordó: fuerte, robusto, violento... Tuvo miedo de él, como si lo hubiera visto levantarse vivo de una tumba abierta; un vivo lívido y amenazador.

¿Y si se hubiera hecho rico?

Se fue a confesar. Tenía la necesidad de que la calmaran y la perdonaran. Y padre Olivaro, levantando la mano temblorosa detrás de la celosía, le dio la absolución:

—Es Dios el que te perdona. Dios que te ve, pobre criatura hecha de barro...

Y Venera se marchó con el alma más ligera.  
Sacó fuera todos los bártulos y barrió la casa como si fuera Semana Santa.

Empezaba una nueva vida. Le recomendó a Brasi muy asustada:

—Por amor de Dios, Brasi... ¡Como si no nos hubiéramos conocido nunca! Un hombre como ese...

Y se estremeció. Pero, remangándose para limpiar la chimenea, se sintió de nuevo más tranquila y ligera porque siempre había cumplido con sus deberes y retomaba su vida de casada como si no hubiera hecho otra cosa que esperar a su marido. Incluso pensaba:

—Puede volver rico. Rico, sí... Y yo ya no tendré nada que envidiar a la mujer del capataz Nitto...

Petru, que llegó por la noche con tres maletas grandes, llevaba un abrigo de paño y el sombrero de fieltro como un señor. Era el mismo, sólo que mucho más pálido, casi lívido, como un vivo que sale de la sepultura; pero, por lo demás, no había cambiado. Era él con sus grandes hombros cuadrados, uno un poco más bajo que el otro, con su manera de caminar lenta.

Al entrar, abrazó a su mujer y luego tiró el sombrero sobre la cama con el mismo movimiento con el que antes tiraba la gorra.

—¿Es así, Venera? —exclamó mirándose alrededor.

La mujer, sobrecogida, no podía desatar la lengua. Le parecía estar en un sueño. Le parecía como si los ochos años hubieran sido ocho días, como si su marido no se hubiera movido de casa. Él recorría la habitación con su mirada somnolienta, como si buscara algo, como si no se sintiera en su casa.

—¿Quieres comer? —dijo Venera finalmente.

—Sí, tengo hambre.

Venera se arrodilló en la chimenea limpia; encendió el fuego, sopló con fuerza poniéndose roja hasta los ojos por el calor y la emoción. A ratos le parecía que su marido había estado allí siempre, a esa hora, esperando la cena, otras veces se maravillaba de que hubiera vuelto y que a partir de ahora tendría que vivir siempre con él.

Petru probó un poco la sopa y luego apartó el plato.  
—¿No te gusta? Claro... ahora que eres un señor...  
—No soy un señor. Estoy enfermo— respondió Petru.  
Venera le miró. En el pelo denso tenía un mechón gris.  
—Por lo menos... ¿has tenido éxito? — replicó.  
—¡Éxito!  
—¡Has estado fuera tanto tiempo! Habría sido mejor que hubieras vuelto antes.

—Esto sí. Mejor que ahora, viejo, pobre y enfermo.  
Venera escuchó sólo una palabra y repitió consternada:

—¿Pobre?!

—Pobre, sí. Como el último de los mendigos.

Él seguía un razonamiento íntimo que Venera no podía comprender. La miró fríamente y dijo:

—No pongas esa cara. Nos las arreglaremos.

No se dijeron nada más porque no tenían nada que decirse. Lo que había pasado los años anteriores y que cada uno llevaba en su pecho como un peso, no, eso no se lo podían confesar nunca; y todavía no habían empezado a tener algo en común que sirviera de unión a sus vidas.

Venera recogió la cocina. Mientras su marido se acostaba, puso las sillas contra la pared. Luego vagó un poco por la habitación, indecisa, y finalmente empezó a desnudarse sin prisa.

Petru le había parecido el mismo nada más llegar; pero era otro. Seguía siendo un hombre guapo, tan alto y robusto, pero el hombro más alto se había encorvado y las mejillas estaban hundidas; y una arruga horadada en medio de la frente le daba a los ojos una expresión de crueldad y de dolor que antes no tenían. Se quedaba callado mucho tiempo, como dominado por un pensamiento fijo; observaba todo y a todos, con sospecha, y a veces se quedaba a mirar a su alrededor con aire distraído como quien se propone buscar una cosa y luego se olvida de ella.

Pocas semanas después de volver se tumbó en las tablillas de la cama y anunció a su mujer:

—He alquilado el almacén de don Fernando.

—¿Para qué?

—Quiero poner una charcutería.

Venera se alegró mucho y desde ese momento rodeó a su marido de atenciones y premuras. Pero él negaba con la cabeza al recordar la primera noche, cuando su mujer había repetido:

—¿Pobre?! —con la cara afligida.

Muy pronto abrió la charcutería con productos del continente. Y, para no tener que pagar a gente extraña, enseñó a su mujer a llevar las cuentas, a pesar, a cortar en lonchas. La gente se agolpaba en el mostrador y marido y mujer se metían en el bolsillo montones de dinero porque en su charcutería todo era fresco y bueno, no como lo que se vendía en la tienda de don Calòjro.

Sin embargo, Petru no estaba contento. Un día dijo:

—Venera, la fortuna ha llegado, pero la salud se ha ido.

Era verdad. Comía poco y tenía continuos dolores de estómago.

—Cuando estás allí el cuerpo no se da cuenta, pero en la paz del pueblo se sufre —continuó. En América nos arruinan. No resiste nadie. Es la gota que consume la piedra.

Se preguntaba para qué había trabajado. Por quién había vuelto. Él estaba solo, tanto en su pueblo como en la inmensa ciudad de América. Sufría de una sed fulminante, que no se extinguía.

—Me noto el estómago desgarrado — se quejaba. —Yo no he hecho otra cosa que trabajar con la plancha seis horas al día, afianzando las costuras. Una plancha tan pesada que me ha cortado el estómago en dos partes.

Llamó al médico que se quedó asombrado:

—¿Es una enfermedad nueva! —repitió mientras lo observaba.

Le recetó bebidas refrescantes y, para no equivocarse, le puso a dieta de caldo y leche.

Él siguió las prescripciones fielmente. Luego ya no pudo ir a la tienda porque el olor de los quesos frescos le daba debilidad, unas ganas de comer violentas e irresistibles que le habrían hecho llorar como a un niño. Y él se quería curar. Sin embargo, empeoraba.

Pasaba los días enteros sentado en la cama, con el sombrero detrás de la frente y la mirada inquieta clavada en la puerta.

Si venían los amigos para hacerle compañía, él oía sus discursos sin escucharles. Cuando cambiaba de postura, suspiraba o se mordía los labios por el dolor. Estaba callado. Si hablaba, repetía, siempre con las mismas palabras, el relato de su viaje a América.

—He estado allí —concluía —para abrir una charcutería.

Y no añadía una sola palabra que explicara su pensamiento. Quería decir que había desperdiciado su vida inútilmente. Con los ojos en la puerta parecía esperar, inquieto, a alguien que no llegaba nunca.

Él sabía que la muerte habría llegado hoy o mañana. Y tenía miedo de la muerte.

Venera ponía el cazo del caldo en el fuego y salía. A mediodía, una vez cerrada la tienda, se ocupaba del marido durante unas horas.

—¿Quieres caldo? ¿Leche? ¿Quieres que te sacuda el colchón? ¿Te quieres poner una camiseta de lana? Él no quería nada. Sorbía el caldo y bebía los refrescos venciendo el disgusto con la dolorosa esperanza de poderse curar. Respondía con un gesto a las preguntas de su mujer, pero empezaba a agradecer esos cuidados y a sus amigos les decía:

—Un hombre sin mujer no es un hombre. Sólo la mujer nos atiende y nos asiste como una mujer cualquiera no lo hace.

Venera llevaba la tienda mejor que un hombre.

Ese continuo manejar dinero, ese manosear todo el día queso suizo y mortadela, le había dado la vida. Más gorda, vestida con lana fina, siempre contenta, daba consuelo verla.

Brasi - desde que Petru había dejado la tienda - ya no trabajaba de zapatero y estaba en la puerta bostezando entre los botes de conservas y un barril de arenques. Estaba esperando a convertirse él en el dueño de la tienda y ponerse también él en el mostrador con un bonito mandil de tela.

Venera no tenía prisa. Tal y como estaba se sentía como una reina. Su marido, enfermo y necesitado de cuidados, la dejaba libre para hacer lo que quisiera, y Brasi, para que no lo plantara, la respetaba como a una señora.

Si algún pariente pobre se paraba delante de la puerta para preguntar:

—¿Cómo está Petru?

Venera respondía con insolencia:

—¡Mejor! ¡Está mejor!

Y luego añadía, dirigiéndose a los clientes, con el cuchillo de carnicero levantado sobre el jamón:

—¡Cuervos! ¡Son cuervos! ¡Como si ese desgraciado el dinero no se lo hubiera trabajado!

Los parientes pobres era la única preocupación que tenía. Petru tenía hermanos y sobrinos que se morían de hambre y en un momento de debilidad podía también escribir alguna estupidez en el testamento...

Pero ¿habría dejado un testamento Petru? A ese hombre no lo podía entender nadie. ¿En qué pensaba? ¿Qué quería hacer?

—Voy a perder la cabeza —decía Venera. —Parece como si viviera en otro mundo.

¿Le atormentaban los remordimientos? ¿Esperaba ponerse bien o se había resignado?

Huraño, taciturno, consumado por el sufrimiento, en sus ojos siempre un pensamiento fijo y doloroso. Y pronunciaba palabras simples, a veces tontas, con un suspiro que le levantaba el amplio pecho. A menudo repetía:

—He vuelto para abrir una charcutería...

Pero no se lo decía a su mujer, ni a sus amigos; sino a alguien, invisible que sólo él veía, con terror, allí en la puerta cerrada...

**XV**  
**Veraneantes**  
*(Dopo l'inverno)*

Es verdad, a Duilio le hubiera gustado oír a su mujer darle las gracias por haberla contentado. ¿No estaba veraneando también ella, finalmente, y no se había regodeado al enviar a las amigas una postal del pueblo, con la plaza y el café?

Pero incluso el solo hecho de poner la dirección en las postales le causaba malhumor a Leda: la señora Bianchi en Rimini, la señora Ughetti en Forte dei Marmi, la señora Sacchi en Saltino...

—¡Eso sí que es veranear! — se desahogaba, mientras Duilio se vestía rápidamente para no perder el tranvía que lo llevaba a la ciudad, a su trabajo sin vacaciones. —¡Ellas sí que se divierten! ¡Menos mal que no van a venir a verme aquí! Un pueblecito lleno de polvo y de moscas, sin cine, sin un buen sitio para salir a pasear...

Duilio terminaba de vestirse y escapaba, amargado, para no tener que seguir escuchándola. Los primeros días había replicado, pero sus réplicas habían provocado un diluvio de invectivas.

¡Pero bueno! ¿Creía que se había casado para seguir sufriendo?

¡Se había casado para cambiar de vida! No había tenido suerte, como tantas otras, pero ¡no tenía intención de sacrificarse ni por él ni por Chicchi!

¡Qué risa le daba cuando Duilio le hacía observaciones basándose en el niño! ¡Qué risa! ¡No faltaba ni siquiera la poesía para concluir!

—Pero, querido Duilio, ¿sabes quién hace poesía? Las madres que tienen una niñera que te baña al pequeño, te lo viste, le da de comer, lo lleva de paseo... ¡Querría verla yo a una de estas madres, luchando con las necesidades, como yo, que me quedo sola en el combate!

Exactamente así: se quedaba sola. Duilio salía; la mujer – una cierta Santina que había alquilado la habitación – venía a buscar la lista de la compra; Chicchi se despertaba... ¡Todo en el mismo momento! ¡Como para no perder la cabeza!

—Un poco de agua, por favor, para bañar al niño.

—La fuente no saca agua —advirtió Santina. —Esperemos que más tarde sí.

—¡Incluso el agua! —exclamó Leda sentándose. —¡No puedo más!

Vencida por las adversidades, no se preocupaba de Chicchi que estaba llorando, de hacer la compra ni de la habitación desordenada.

Fue Santina la que cogió en brazos al niño que, al sacarle de la cuna, reía.

—¡Cómo está de sucio, mi niño! —le iba diciendo.

Leda repitió:

—¡Cómo está de sucio! ¡Y no hay agua! No puedo más.

—¡Tiene hambre, el pequeñín!

—No puede ser: ha mamado a las cinco.

Llamaban a la puerta. Santina fue y volvió:

—Ha venido la hija del zapatero de aquí al lado. Trae setas. ¿Le digo que ustedes no comen setas?

Por el tono de la pregunta estaba claro que Santina no quería dejarla entrar. Pero Leda, que necesitaba que se fastidiara alguien en ese preciso momento, respondió:

—¿Por qué? ¡A nosotros nos gustan las setas!

—¡En la tienda hay tantas! —murmuró Santina; y se fue a abrir con un gran esfuerzo.

Leda vio a una guapa muchacha con dos mechones muy rubios sobre las orejas, grandes dientes, grandes ojos violeta, labios finos y sonrientes, muy rojos.

—Mi padre acaba de llegar ahora del bosque —decía, parándose en la puerta. —He ido a buscarle. Son buenas y seguras.

—¡Pase, pase! —dijo Leda. —Esto está todavía en desorden —se excusó. — Cuando hay niños es así.

El olor a bosque y el aspecto alegre y lozano de la hija del zapatero calmaron a Leda mientras buscaba dinero en el fondo de la maleta.

Santina puso a Chicchi en la cama y salió bruscamente.

Chicchi se puso otra vez a llorar.

—¡Pobrecito! —exclamó la chica, cogiéndole en brazos.

El niño se calmó enseguida, distraído: todo ese rubio llenaba la habitación como un rayo de sol.

—¿Cómo se llama? —preguntó Leda.

—Annetta.

—Aquí está el dinero, Annetta ¡Ven Chicchi, ven con mamá!

—¿Lo ve? —exclamó Annetta. —Quiere estar conmigo. Si me lo permite, lo cojo yo mientras usted está ocupada.

—Gracias, pero ¿no va a perder tiempo? Bien, coloco estas cosas y lo cojo enseguida.

Annetta no perdía tiempo porque, como rumiaba Santina, no era de esas chicas decentes que intentan ganarse un trozo de pan trabajando.

Duilio, al volver hacia el atardecer, un poco cansado y extenuado, se la encontró en casa. Allí rápidamente sintió una grande antipatía por ella; pero, ya que se encontró con la cena lista y la mujer de buen humor, no abrió la boca.

—¡No te puedes figurar que chica tan buena es Annetta! —le contó Leda. ¡Si vieras cómo se queda de bien Chicchi con ella!

Duilio la observaba con una mezcla de irritación y de piedad. Pequeña, delgada, irritable, no era culpa suya si las tareas de madre le resultaban tan pesadas.

Al día siguiente al amanecer, Annetta llamó a la puerta.

—¿Dónde quieres que me vista ahora? —se quejó Duilio que estaba en pijama.

Annetta le oyó y dijo:

—No se confunda. Me voy a casa con el niño.

Y reía, abriéndole en la cara los dos grandes ojos color violeta.

Parecía que se reía de él mientras se abotonaba el pijama todo enfadado.

—¿A tu casa? —le preguntó Duilio.  
—Váyase, váyase —exclamó Leda con buenas maneras. —  
Váyase con el niño. La llamaré más tarde.

Al quedarse solos, riñó al marido:

—¡Eres ridículo, Duilio! ¡Ridículo y mal educado!

—Mi niño —replicó Duilio muy seco, — quiero que esté  
conmigo.

—¿Contigo? ¿Eres tú el que te llevas todos los disgustos? ¿Tú  
que lo ves saciado y limpio al volver de la oficina?

Duilio no respondió. Miró de reojo, como el día antes, a su  
mujer, pequeña, grácil e irritable; y la irritación era más fuerte que  
la piedad.

Veía a su hijo en los brazos de esa chica con el pelo oxigenado y  
un sentido de profundo y ardiente dolor le cerraba la garganta.

—Tú no entiendes, tú no sabes —dijo despacio, como si estuviese  
buscando las palabras.

Se quedó mudo; conocía de memoria la sarta de protestas con  
que Leda le habría arremetido.

Es verdad, tenía razón ella. Todo lo que había dicho, mil veces  
estaba bien y era verdad. Innegablemente, estaba bien y era  
verdad.

Pero su Chicchi, su pequeño Chicchi...

—He decidido —dijo Leda una noche —quitarle el pecho al  
niño.

—¿A ocho meses? —exclamó Duilio.

—No había ocasión mejor —continuó Leda. —Los niños no  
tienen que ver a su madre para que se acostumbren. En la ciudad  
estoy sola...

—No digo que no —interrumpió Duilio. —Pero Chicchi tiene  
sólo ocho meses.

—¡Ah! —dijo Leda con voz de llanto. —¿No te das cuenta de que  
me consumo dando de mamar? ¿No ves que me estoy consumiendo?  
¡Todos me preguntan por mi salud! Pero ya está bien! ¡Es inútil!  
¡Tú no tienes ojos para mí!

Duilio iba a responder con una enorme grosería, pero se contuvo. Dijo:

—El jueves hará un mes que estás de veraneo. Me parece que es el momento de volver. Este ir de aquí para allá me cansa.

—¿Por qué no? —preguntó Leda secándose los ojos. —Estoy lista para irme incluso mañana.

—Pero ¡si estás diciendo que vas a quitarle el pecho a Chicchi!

—¿Pero no has entendido, Duilio, que lo voy a dejar con Annetta?

—Ah, ¡vaya! —gritó Duilio golpeando el puño cerrado contra la mesa —¡Esto no va a suceder nunca!

Estaba tan furioso que Leda pensó, prudentemente, dejar la discusión para otro momento.

De hecho, tras el arrebato de su marido, Leda volvió a tener razón.

¡Una niñería no querer dejar a Chicchi con una chica sensata y amable como Annetta! No había que hacerle caso a Santina que no dejaba de hablar mal de la hija del zapatero ¡quién sabe por qué rencores! ¡Una chica que tenía la culpa de ser demasiado elegante y llamativa en un pueblucho como ese!

Duilio se convenció. Fue a casa del zapatero para ver dónde habría dormido su pequeñín. Lo dejó en manos de toda la familia, apoyando en la mesa una caja de harina láctea que había comprado en la ciudad.

Annetta lo calmó en nombre de todos, sonriendo:

—¡Venga a ver a su Chicchi dentro de unos días!

Era verdaderamente amable; pero parecía que se reía de él.

Duilio se fue corriendo, descontento.

¿Descontento de qué? El niño dejaba que lo cogieran en brazos, sin llorar. La casa estaba limpia. Incluso el zapatero parecía alegre, como las mujeres.

—¡Sí, sí! ¡Has hecho muy bien! —murmuró sentándose en el tranvía con Leda que se secaba los ojos y decía que estaba casi arrepentida.

No podía hacer otra cosa que consolarla, mientras la autorizaba, pero estaba descontento.

Se fue a la Barrera un día sí y otro no.

—¡Tendría que haber sido usted la madre! —decía Annetta.

Él la excusaba.

—¡Es tan frágil! Está un poco enferma de los nervios. Necesitaba descansar.

—Se ve. ¡Un pajarito todo voz y plumas!—decía Annetta. —

¡Usted tiene que tener mucha paciencia!

Parecía que se reía de él.

Él ponía a su pequeño hijo en las rodillas; le enseñaba el reloj, pero el niño no lo miraba. Sevilla

—¡Oye! Tic, tic, tic... 2017

El niño lo miraba fijamente muy serio, con dos ojitos profundos que parecían velados de reproche en la carita demacrada.

—¿Come la papilla de harina? ¿Por qué está pachucho?

—¡Vaya que si come! —replicaba la mujer del zapatero. —Es así mientras se le quita el pecho. ¡Se hará grande y fuerte!

La voz de la mujer lo volvía a animar. Abría la cartera diciendo:

—Para los gastos.

—¡No se confunda! —exclamaba el zapatero frotándose las manos alegremente.

—Para los gastos —repetía Diulio. —No le tiene que faltar de nada. Mi mujer le hará un regalo a la señorita.

En casa le tocaba siempre esperar a su mujer porque había salido.

Salía a menudo desde que estaba más libre.

—¿Llevas fuera mucho tiempo?

—No, no. Sólo unas horas.

—¿Dónde has estado?

—Con la señora Bianchi.

—Tienes la casa muy descuidada.

—¡Déjame respirar, Duilio! Estoy un poco más libre y no me parece verdad.

Duilio negaba con la cabeza.

—¡Eres malo, Duilio! ¿Has ido a ver a Chicchi? ¿Cómo está?

—No me gusta. Está demacrado. Pero tú no me has dicho dónde has estado.

—En tantos lugares, con la señora Bianchi que iba de compras. ¿Cómo voy a poder contarte cada cosa que he hecho?

El pequeño interrogatorio terminaba siempre en una riña.

Leda se iba a quitar la ropa refunfuñando que ella no se había casado para tener que sufrir más que una esclava.

A Chicchi no le gustaba la harina láctea. Intentaron darle otras papillas: pan cocido, caldo de alubias, sopa picada muy fina.

¡Con tal de que comiera!

Incluso las vecinas, que no habían tratado con familiaridad a la familia del zapatero, se interesaban por el niño forastero al que le habían tenido que quitarle el pecho tan pronto. Unas sugerían una cosa, otras otra.

Chicchi empezó a estar mal: la poca comida que le obligaban a tragar le daba un poco de fiebre.

—Será mejor advertir a la señora... —dijo la mujer del zapatero.

—¡Pero qué dices! —respondió Annetta. —Él estará aquí esta noche o mañana.

Cuando Duilio encontró a Chicchi, quejumbroso y amarillo, en la cama, se alarmó.

—¡Por qué no nos habéis advertido! —repetía. —¿Qué le habéis dado?

—Nada. La papilla que nos ha indicado usted. Nada más.

—¡Chicchi! ¡Mi pequeñín!—dijo Duilio inclinándose sobre la cama.

El niño dejó de quejarse y volvió los ojos profundos hacia él muy serio.

Duilio se volvió a levantar, decidido.

Envolvió al niño en un chal, lo cogió en brazos, preocupado porque estuviera cómodo, con la cabecita sobre sus hombros.

—¿Qué hace ahora? —exclamó el zapatero, viendo que se esfumaba el regalo prometido.

—¡Déjalo en paz! —dijo Annetta profundamente conmovida. — Pero no le quepa la menor duda—añadió agarrándole de una mano. —¡No le quepa la menor duda, nosotros hemos hecho lo posible por su niño.

—Gracias —respondió Duilio.

Y desapareció en la escalera, con su hijo en brazos, sin darse cuenta de que las vecinas estaban mirando.

Unas semanas más tarde, Annetta quiso ir a ver a los veraneantes del mes de agosto.

Se vistió de domingo, se empolvó la cara, se pintó los labios y se subió al tranvía. Antes le había dado unas flores la cajera de Villa delle Rose, un ramo de capullos fragrantés.

Pensaba en Duilio sonriendo. Le habría dicho:

—Nos mande al niño. Voy a pedir permiso para llevarlo de paseo a la Villa delle Rose. ¡Si supiera que aire! Desde allí se ve la Certosa.

El niño era el hilo que habría vuelto a enganchar a Duilio con el pueblo.

Atravesó las calles llenas de gente; entró en una tranquila y fría callejuela.

Subió un poco titubeante. ¿Y si el niño estuviera gravemente enfermo? ¿Y si no la acogieran bien? Habría perdido incluso el dinero del tranvía.

Leyó en una inscripción, en el último piso: Duilio Rampa.

La puerta estaba entreabierta y había un gran silencio.

¡Oh! Había crecido el pequeño Chicchi.

Sobre una otomana. Habían esparcido flores alrededor del faldón blanco, hasta la cara demacrada y seria.

Pocas, dispuestas con amor.

La señora Leda, abatida, no la veía y no lloraba.

Él estaba de pie, junto a la otomana y le hizo una señal para que se acercara sin hacer ruido.

Annetta aflojó los dedos y los capullos se cayeron suavemente. Se arrodilló escondiéndose la cara porque se avergonzaba de tener los labios pintados.

Cuando se volvió a levantar, la señora Leda seguía siempre inmóvil; y él estaba junto a la ventana. Annetta se acercó a él y dijo tímidamente:

—¡Que no le quepa la menor duda que no ha sido culpa nuestra! Nosotros hemos hecho todo lo posible.

—No es culpa de nadie —respondió Duilio.

¿De nadie? Leda no pensaba lo mismo. Tampoco el marido lo pensaba.

Por eso, cada uno intentaba estar lejos del otro. A la mesa él leía el periódico. Y después de la cena salía de casa.

Leda salía raramente. Aunque estaba libre.

Le pedía a Dios que mandara un niño a esa casa que parecía tan grande y vacía.

—Seré una madre mejor... —se prometía a sí misma.

Pero no había esperanza de que otro niño ocupara el puesto de Chicchi, en la cuna vacía, en la trona vacía que tenía todavía pegada la marioneta favorita de goma gris.

¿Durante cuánto tiempo Chicchi habría permanecido entre ella y Duilio, mirando ahora a uno, ahora a la otra, con los ojitos profundos, velados de reproche, como en los últimos días de su frágil vida?

El otoño proseguía, con sus tardes largas y tan tediosas para quien no tiene nada que hacer.

Sin haberlo pensado antes, Duilio empezó a coger el tranvía que llevaba al pueblo donde había estado veraneando: el pueblo donde estaba Annetta, ella no se merecía que se la juzgara tan severamente, ya que había querido a su pobre niño.





Sevilla  
2017